

ISSN 0120-0216



aleph



julio/septiembre 2012, año XLVI

No. 162



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Ilustraciones de carátula e interiores
del pintor-arquitecto
Ezequiel-Augusto Gabrielli

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo

Valentina Marulanda

Heriberto Santacruz-Ibarra

Lia Master

Jorge-Eduardo Hurtado G.

Marta-Cecilia Betancur G.

Carlos-Alberto Ospina H.

Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel-Fax: +57.6.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

E-mail: aleph@une.net.co

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Impresa en Editorial Andina
Diagramación: Andrea Betancourt G.

julio/septiembre 2012

aleph

Año XLVI

BUSCADOR

Busqué a Dios con paciencia
Busqué su nombre cada mañana
en las páginas del directorio telefónico
Y lo busqué en las aguas manas
y en las aguas altas y turbias
Y en las precipitaciones de agua
Lo busqué en la ausencia de aquellos
que amo
Y en los desperfectos de la mandibula
de la raposa
He fui tras El por pequeñas ciudades sucias
Y traté de hallar su rostro en los periódicos
Entre las fotografías de los asesinos, los
payasos, los sabios
Amé en la risa de las muchachas su risa
Y en la mirada de mi prójimo
me esforcé por adivinar sus intenciones
Y encontré muerte muerte en todas partes
Pero buscar es lo único que importa
Edo Escobar

Ediardo Escobar

Un filósofo con los pies en la tierra. Acercamiento a Juan Nuño

Ana Nuño

El rescate de una obra filosófica suele responder a la necesidad de fijar y ampliar su recepción académica o al interés que previamente haya podido suscitar entre lectores no especializados. Se reeditan autores clásicos atendiendo a las necesidades curriculares de instituciones de enseñanza o a su grado de *popularidad* entre un difuso público general. Menos frecuente es el caso de la reimplantación en el mercado de obras de indiscutible valía en sus correspondientes campos que no gozaron en su momento, sin embargo, de amplia difusión. Y aún menos el de las que adquieren reputación de insoslayables y fundamentales, a pesar de no circular fácilmente en el mercado y de no estar, por tanto, al alcance de nuevos lectores. En este último caso, puede decirse que representan buenos ejemplos de contradicción en los términos: el de obras que merecen recibir el tratamiento debido a los *clásicos*, sin haberse antes hecho acreedoras al menos de una de las señaladas condiciones necesarias para recibir tan honorífico marchamo.

Qué duda cabe de que *El pensamiento de Platón*, de Juan Nuño, pertenece a esta paradójica categoría. Publi-

Este texto fue originalmente publicado con el título "Acercamiento a Juan Nuño" como Prólogo a Juan Nuño, *El pensamiento de Platón*, Madrid: FCE (Col. Heteroclásica, 4, 2007).

cado por primera vez en 1963 en Venezuela, reeditado veinticinco años después en México, el libro de Nuño fue leído, comentado y estudiado ampliamente en su día en los departamentos de Filosofía de las principales universidades hispanoamericanas, de México a Buenos Aires, de Caracas a Lima. Con este ensayo, el autor divulgaba su primera obra filosófica *mayor*, puesto que de gran ambición tanto por el ámbito abarcado –el pensamiento filosófico de Platón en su integridad– como por lo poco habitual de su enfoque metodológico –el énfasis en una lectura no ontológica sino *antropológica* de la obra del fundador de la Academia–, y concebida, al mismo tiempo, para servir de herramienta pedagógica. Más adelante me detendré en algunos de los rasgos señalados de este libro de Nuño. Por ahora, conviene no perder de vista lo que de atípico pudiera tener su estatus en el marco de la filosofía en lengua española del último medio siglo.

La relativa excentricidad apuntada –una obra que puede legítimamente aspirar a la condición de texto filosófico *clásico* en el ámbito hispano, sin dejar a un tiempo de ser actualmente poco conocida– sin duda remite a factores externos. Por un lado, a la accidentada evolución del intercambio de ideas entre los países de Hispanoamérica, consecuencia de una endémica fragilidad de los canales tradicionales de difusión de las mismas, desde editoriales hasta universidades. A esta endeblez vino a sumarse, por otra parte y coincidiendo parcialmente con la vida intelectual de Juan Nuño, el anómalo funcionamiento de las relaciones intelectuales y académicas entre España y los países hispanoamericanos durante el largo periodo del franquismo. No es éste el lugar adecuado para abordar con propiedad dicho fenómeno, pero se trata de un hecho contrastable que, sin duda, ha incidido negativamente en el horizonte de la recepción de una obra como la de Juan Nuño. Un filósofo español, conviene recordarlo, que a otras *heterodoxias* –que abordaré en breve– sumaba la siempre compleja condición del expatriado.

Que no “exiliado”. Conviene establecer esta distinción, que la historiografía del exilio español no siempre atiende debidamente. Una cosa son los intelectuales españoles que en el momento de la contienda civil o al triunfar el bando nacional abandonaron su país natal; éstos solían llegar a sus patrias de acogida abastecidos de obra publicada y reputación conocida. Para quienes, entre los intelectuales, pensadores y escritores exiliados, tuvieron la suerte de seguir con vida tras la muerte del dictador, el regreso

a España fue aún posible. Y aun en los casos en que el regreso no dio lugar al debido reconocimiento académico o institucional (vienen a la mente los de Ferrater Mora y Américo Castro), el rescate de su obra por las nuevas generaciones de españoles ha sido una tarea abordable. Muy otro es el caso de los miembros de la generación nacida en la década de 1920 que recibieron su formación y desarrollaron su obra íntegramente en sus países de destino. Estos *expatriados*, que huyeron de una España empobrecida económica e intelectualmente, llevaron a cabo actividades y publicaron obras plenamente reconocidas en el ámbito hispanoamericano, pero a menudo perfectamente ignoradas en suelo español. Cuando la universidad española comenzó a desentumecerse y a salir de sus muchos sueños dogmáticos (tarea aún hoy inconclusa), algunos de los expatriados hallaron un tímido eco, sobre todo entre colegas suyos más jóvenes que ellos.¹ Por sólo citar algunos ejemplos de filósofos repartidos entre las dos categorías a quienes Nuño frecuentó y de quienes fue discípulo o colega profesional, a la de los exiliados pertenecen Juan David García Bacca (1901-1992), José Gaos (1900-1969), Eugenio Imaz (1900-1951) y Eduardo Nicol (1907-1990); a la segunda, la de los expatriados, Federico Riu (1925-1985).

En suma, si en la última etapa de la carrera de Nuño su figura logró reconocimiento a los dos lados del Atlántico, ello no se debió siempre ni en todos los casos a una valoración cabal de su obra, multiforme y, en algunas de sus manifestaciones, no ceñida al estrecho ámbito académico. Por las razones apuntadas –que pueden resumirse en una sola: recepción accidentada de la obra–, antes de presentar este *Pensamiento de Platón* conviene ofrecer al lector algunas claves sobre la vida y la obra de este filósofo.

Juan Antonio Nuño Montes nació en Madrid, el 27 de marzo de 1927, en una familia de origen y perfil económico modestos. Primogénito de cuatro hermanos, se crió en un ambiente ajeno a actividades e intereses intelectuales o culturales. Tras recibir su primera formación en el Instituto de los Hermanos Maristas, Nuño quiso estudiar la carrera de Filosofía en la Universidad Central de Madrid. Un año de frecuentación de esta institución

¹ En el caso de Nuño, es justicia mencionar a Javier Muguerza, Victoria Camps y Fernando Savater. Y, entre sus estrictos coetáneos, a Emilio Lledó.

lo llevó a comprender, no obstante, que o abandonaba su sueño filosófico o bien debería emigrar a tierras más propicias al libre magisterio de la disciplina que había decidido estudiar. La filosofía impartida en la década de 1940 en la antecesora directa de la actual Complutense permitía ciertamente hacerse con los arcanos de la escuela aristotélico-tomista del padre Suárez, pero poco más. Nuño ya entonces era dolorosamente consciente de lo provinciano y mediocre de la vida intelectual en España. Hubo un factor añadido que incidió poderosamente en su decisión de buscar horizontes menos limitados: para poder pasar de curso, además de aprobar los preceptivos exámenes, era *recomendable* acreditar inscripción en el Movimiento Nacional. Nuño, que había logrado atravesar la adolescencia virgen de adscripción a este aparato de encuadramiento político y social y sus múltiples tentáculos, y ante el panorama de una formación académica pobretona y rancia, decidió emigrar a Venezuela. La elección de este país como destino, en lugar de México o Argentina, donde se había radicado la mayor parte del exilio intelectual y académico español, obedeció a razones económicas: pocos años antes un familiar suyo se había establecido en Caracas, lo que le garantizaba un destierro, cuando menos en principio, libre de probables tropiezos y penurias.

Ese azar familiar resultó providencial: el mismo año en que Nuño tomó la decisión de emigrar, en 1947, Juan David García Bacca se instalaba en Caracas, procedente de un exilio viejo ya de una década que lo había llevado a París, durante los años de la Guerra Civil, y posteriormente a Ecuador y México. El gran filósofo, pionero en España de la filosofía de la ciencia y la lógica matemática (suele olvidarse que García Bacca fue miembro del Círculo de Viena), pasó a integrar poco después de su llegada a Caracas el equipo docente de la moderna Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela (UCV), impulsada en 1944 por Mariano Picón Salas y por dos figuras del exilio español, hoy casi del todo olvidadas en su país de origen: el barcelonés Domingo Casanovas y el mallorquín Bartolomé Oliver, quienes ejercieron de decanos de la joven facultad, respectivamente, en 1947-50 y 1950-51. El mismo García Bacca, por su parte, ocuparía el decanato en 1958.

Nuño podía así, al fin, estudiar la carrera filosófica con unos contenidos y en un marco docente definidos con criterios más amplios y actuales. Al

obtener la licenciatura en 1951 en la primera promoción egresada de la nueva facultad, recibió una beca de ampliación de estudios que le permitió asistir durante un año a los cursos de Lógica impartidos por David Pears en la Universidad de Cambridge. Y de 1952 a 1953 se instaló en París, donde cursó estudios de postgrado en la Sorbona, bajo la dirección de Maurice Merleau-Ponty.

Es en estos dos años cuando el joven filósofo se zambulle en sendas corrientes que marcaron en buena medida su trayectoria, aunque sólo una de ellas, la logicista, acabó convirtiéndose en una auténtica pasión filosófica. Pero en la década de 1950, y hasta entrada la siguiente, un ya combativo y polémico Nuño se sintió especialmente atraído por la vertiente francesa de la escuela de Husserl. Valga decir, por una fenomenología que, más *humanista* que la husserliana y alejada de las querencias heideggerianas por el bosque del Ser, ponía a su alcance, en cambio, unas herramientas de análisis menos desatentas a la condición existencial del hombre. Huelga decir que ya entonces Nuño manifestaba escasa inclinación por las ontologías de cualquier cuño.

A su regreso a Venezuela, a finales de 1953, se incorporó al equipo docente del Instituto de Filosofía de la UCV, fundado y a la sazón dirigido por García Bacca. En éste siempre reconoció Nuño a su maestro, y García Bacca vio en Nuño a su discípulo más aventajado, al menos en aquellos años, a tal punto que el joven profesor *heredó* del maestro su cátedra de Filosofía Antigua. Nuño hubiese podido ceñir su ámbito de intereses profesionales a este honorable coto, que ocupó durante dos décadas. De hecho, desarrolló una carrera académica sin tacha que le llevó a jubilarse como profesor titular a los 52 años, tras crear (en 1960) y dirigir el Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia del Instituto (1962-64) —que volvería a dirigir de 1975 a 1979— y fundar la cátedra de Filosofía Contemporánea y Lógica Matemática (1965). Ya retirado, instauró los primeros estudios de Postgrado en Filosofía de la UCV, con especialización en lógica, análisis del lenguaje y filosofía de la ciencia. Su carrera académica le condujo ciertamente a convertirse en un “admirable helenista”, según el dictamen de Alejandro Rossi, y en un magnífico especialista en Platón, sobre el que ha dejado, en su vertiente investigadora, además de *El pensamiento de Platón*, el importante estudio, más técnico, sobre La dialéctica platónica que cons-

tituyó su trabajo de doctorado, bajo la dirección de García Bacca, y que apareció publicado con prólogo de José Gaos.

En la década posterior a su regreso a Venezuela, además de su actividad docente –interrumpida durante los dos últimos años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, quien clausuró la UCV– y de la preparación de su doctorado sobre Platón, Nuño desarrolló una actividad intelectual marcada asimismo por su interés en el marxismo y la obra de Sartre (sobre la que escribió un luminoso libro y de la que acabó siendo un crítico riguroso y escéptico). La punta más visible de este iceberg fue su participación en la creación, en 1960, de la revista *Crítica Contemporánea*, una de las plataformas de crítica y debate de ideas más influyentes de su momento en Hispanoamérica.

Despuntaba entonces otra vertiente de la actividad intelectual de Nuño que no sólo no lo abandonaría, sino que acabaría convirtiéndose, en los últimos años de su vida, en su pasión preponderante: aplicar las herramientas del análisis filosófico a fenómenos no filosóficos propiamente dichos, pero que su formación y capacidad lo habilitaban para abordar con la mayor hondura. Esta tendencia a considerar como no ajenos a los intereses de un filósofo temas o tendencias de actualidad e interés contemporáneos señala una de las más claras divisorias entre el desarrollo de su trayectoria filosófica y su estatus de profesor de filosofía. Y es que, así como descreía en el interés para el pensamiento filosófico de los grandes sistemas ontológicos, Nuño recelaba del confinamiento del ejercicio de su disciplina en el recinto de la especialización académica. Su ideal de filosofía comportaba, ciertamente, el dominio de una técnica, pero en ningún caso admitía reducirse a él. De ahí también sus sucesivos *compromisos* con causas que poco o nada tenían que ver con las preocupaciones al uso en el mundo académico, y en cambio mucho con la libre asunción de su condición de intelectual: por ejemplo, su denuncia de la situación padecida en la URSS por los *refuseniks* judíos o su brillante enfoque del antisemitismo de izquierdas y sus raíces marxistas. Como también esa concepción abarcadora del ejercicio de su profesión explica el que durante las décadas de 1960 y 1970 ejerciera con rigor y amenidad parejos la crítica cinematográfica, publicando regularmente reseñas y ensayos en revistas especializadas y generalistas, como *Cine al Día* y *Summa*, que acabó recogiendo en volumen. A despecho de la

osadía que siempre entrañan estas comparaciones, no sería inexacto aplicar a Nuño, modulándolo y adaptándolo, aquello que Cicerón decía de Sócrates: que había hecho que la filosofía bajara del cielo a la tierra, hasta hacerla entrar por las casas de los hombres. Más humildemente –sin duda también más pragmáticamente–, Nuño, ateo irredento y por tanto poco dado a escrutar los cielos, sacó a la filosofía de las aulas y la hizo confrontarse con las ideas y los hombres que pueblan el mundo.

La tercera vertiente en la obra de Juan Nuño ya ha sido mencionada: aquel interés por la lógica que lo condujo al seminario de Pears, el principal especialista de la época en Ludwig Wittgenstein y traductor, junto con Brian McGuinness, del *Tractatus*. Interés temprano que poco a poco fue creciendo y desarrollándose, hasta cubrir todo el horizonte propiamente filosófico de sus actividades profesionales. Llegado a un punto, tuvo la honestidad de reconocer que su formación había sido deficiente en cuanto a dominio de las matemáticas y la lógica formal, y la añadida valentía, siendo ya un reconocido especialista en Platón, de reorientar su carrera sometándose a un nuevo periodo de formación doctoral. Así, en 1964 dedicó su primer año sabático a estudiar en Suiza con Josef Bochenski, discípulo de Lukasiewicz y a la sazón el más influyente historiador y metodólogo de la lógica matemática. Hijo directo de esta etapa es el único manual técnico que escribió Nuño: *Elementos de lógica formal*. La aplicación de su nueva y definitiva orientación surtió efectos notables en el ámbito académico, que resume uno de sus discípulos:

Fue Juan Nuño quien, desde su cátedra, introdujo en la comunidad filosófica [de Venezuela], primero engolosinada en su mayor parte con los hechizos de la fenomenología y del existencialismo predominantes y, luego, bajo el encantamiento de las promesas revolucionarias del marxismo, las figuras de Bertrand Russell, G. E. Moore, L. Wittgenstein, R. Carnap, W. Quine, A. Tarski y otros pensadores de las corrientes analíticas contemporáneas, cuyo impacto a la larga resultó poco menos que una liberación intelectual.³

Los últimos quince años de su vida los dedicó Nuño sobre todo a intervenir con sus análisis desde diversas tribunas de prensa en los más variados

³ J. H. Martín [Julio Hernández], "Juan Nuño: De la Academia a la Crítica de la cultura cotidiana"; Episteme, Caracas, 1997 [inédito].

asuntos. Pero sería un error ver en esta actividad una afición añadida a una carrera académica exitosa y ya concluida. Tampoco sería acertado caracterizarla echando mano de las categorías al uso en los medios de comunicación. Nuño no fue un comentarista más o menos especializado en temas específicos, de los que era capaz de abordar una variedad realmente asombrosa, extrayéndolos de la política, la historia, la literatura o los simples lugares comunes de las cambiantes opiniones de sus contemporáneos. Sin embargo, cualquier lector de esta parte de su obra comprende de inmediato que tiene ante sí un corpus, a la par que heterogéneo, coherente. Los conocimientos adquiridos y refinados durante más de treinta años de ejercicio de la filosofía aparecen aquí perfectamente aclimatados a una función crítica esencial: contribuir al desvelamiento de las falacias e imposturas –los *idola fori*, habría dicho Bacon– que impiden la cabal comprensión del mundo en que vivimos. En última instancia, un objetivo invariablemente perseguido por Nuño en sus tres facetas filosóficas mayores: la de helenista, la de especialista en lógica, filosofía del lenguaje y filosofía de la ciencia, y la de intelectual comprometido con sus coetáneos.

El mejor resumen de la fascinante diversidad de la *galaxia Nuño* se encuentra en la semblanza que tras su muerte trazó su amigo, el también filósofo Alejandro Rossi, de la que extraigo estas líneas:

Juan Nuño era, para suerte nuestra, una persona complicada, lo contrario de un personaje previsible y lineal. Enamorado del mundo, curiosísimo de lo que ocurría y a la vez, un incrédulo de los grandes planes de salvación. Tal vez la fractura de la Guerra Civil Española y esos años sórdidos de la posguerra en un país pobretón, ahogado, resentido (...) influyeron en su temple intelectual (...) Incrédulo, dije, no escéptico en un sentido más o menos técnico de la palabra. Es natural, por tanto, que le atrajeran –y le divirtieran– las contradicciones de la vida, las discordancias, la distancia hipócrita entre las palabras y los actos, y que prefiriese los instrumentos críticos de la filosofía. Creo, por ejemplo, que el interés que tuvo en su juventud por Sartre –sobre quien escribió un libro– se debía menos a las construcciones ontológicas que a la repugnancia del filósofo francés por la burguesía y sus ritos, a sus análisis de la ‘mala fe’. Pero no hay que confundirse: el temperamento crítico, estilo mental que nunca lo abandonó, estaba unido a una finísima cultura filosófica. Imposible recordar aquí todas sus obras y, sin embargo, sería injusto silenciar que Juan Nuño también

fue un admirable helenista: ahí están sus dos excelentes trabajos: *El pensamiento de Platón* y *La dialéctica platónica*. La verdadera pasión, no obstante, era la filosofía moderna, y la inclinación crítica lo llevó a Marx –de nuevo el gusto por el desenmascaramiento– y luego a un terreno que ya aceptó, con múltiples variantes, como el suyo propio: la lógica matemática, el positivismo lógico, la filosofía de la ciencia, la filosofía analítica, etc. Allí encontró, me parece, sus claves auténticas, los amores perdurables: Frege, Russell, Wittgenstein, Carnap, Popper y muchos más. Estuvo en París, en Cambridge, y estudió con Bochenski en Suiza. Entre esos autores y temas encontró la mezcla de crítica y de racionalidad que buscaba desde su juventud (...) Sobre casi todos los asuntos y pensadores citados nos dejó un libro o un artículo. Obra firme, erudita, original, entre lo más recordable de la filosofía en lengua española contemporánea.³

En *Confesiones profesionales*, José Gaos recuerda que para su maestro Ortega la filosofía kantiana había sido “su prisión durante aproximadamente diez años”.⁴ El mismo Gaos reconoció en la fenomenología de Husserl y el existencialismo ontológico heideggeriano sendas cárceles filosóficas en las que anduvo metido de inquilino durante tres décadas. Nuño, que enseñó Filosofía Antigua durante veinte años, nunca abandonó del todo su querencia por Platón, pero no por ello vio en el platonismo una cárcel. Si acaso, lo suyo con el ateniense fue un amor sujeto a cambios y algún ocasional eclipse. En otras palabras, un matrimonio. Que pasó por todas sus fases: la pasión y el deseo iniciales, el compañerismo cómplice, el cultivo amable de la soledad *à deux*. Y que a pesar de las infidelidades de Nuño, éste no quiso o se atrevió a resolver en divorcio. “El ejemplo del monógamo intelectual”, como definiera Nuño a Platón, haciéndose eco de Unamuno, al menos en este punto logró imponerle su lógica.

Que Nuño casó con la filosofía de Platón lo demuestra la pervivencia en su propia obra de enfoques y lecturas directamente tributarios de una interpretación del platonismo que quedó plasmada con claridad en *El pensamiento de Platón*. Empezando por el ya señalado rasgo: la idea de que

³ Alejandro Rossi, “Juan Nuño”, *Vuelta*, México, julio de 1995, p. 52.

⁴ José Gaos, *Confesiones profesionales*, Tezontle, México, 1958, p. 38.

filosofar no equivale forzosamente a elaborar sistemas cerrados y totalizadores, y que sin duda tiene mucho más de actividad incesante que de producto acabado. Ya en *Sentido de la filosofía contemporánea* situó Nuño el ámbito propio de la filosofía en la esfera del hacer, al abrazar la proposición de Wittgenstein que declara a esta disciplina “no doctrina, sino actividad”. Y ya entonces despuntaba lo que podría denominarse la *pulsión taxonómica* de Nuño; una pulsión, conviene aclararlo, no basada en la postulación de que lo esencial de las filosofías sea su adscripción a tales o cuales escuelas o corrientes, sino en la observación atenta a la recurrente prevalencia de un puñado de temas. Tal concepción es, a un tiempo, pesimista y esperanzada: si es cierto que *nihil novum* bajo el cielo de la filosofía, tampoco lo es menos que la filosofía renace o recomienza incesantemente. “Contra lo que puedan pensar progresistas y sistemáticos, los auténticos problemas filosóficos ni siquiera se disuelven: reaparecen, vuelven a plantearse”.⁵ Esta visión de la filosofía como *eterno retorno*, tributaria en primera instancia de su lectura de Platón, germinó poderosamente en dos obras que no toman a Platón como objeto propio de análisis pero que merecen plenamente el epíteto de *platónicas* o, al menos, de *platonizantes*: *Los mitos filosóficos* y *La filosofía en Borges*.⁶ La dedicada al escritor argentino es reconocida como el mejor análisis filosófico de la obra borgescana y la filosofía que la nutre, pero es sin duda en *Los mitos* donde Nuño expone con más claridad su visión global de la filosofía, a la luz de la apuntada enseñanza platónica:

[No] se propone con esto de los mitos filosóficos una ineluctable cadena de idénticas repeticiones, debidamente reguladas, ni siquiera se apunta hacia una clave interna de semejante proceso de reiteraciones. Se afirma, sin más, que los limitados temas filosóficos asumen formas diversas, pero permanecen en tanto tales núcleos de temas. (...) De tal forma que hacer filosofía es empresa repetitiva no por mor de una platónica identidad sustancial, sino por limitación creativa del propio filósofo, que se ciñe a uno, cualquiera de sus mitos favoritos, aunque suela hacerlo las más de las veces con la ingenuidad y el entusiasmo del amante neófito. En vez de un gran y gigantesco telón de fondo de ideas eternamente idéntico a sí mismo, lo que existe culturalmente

⁵ Juan Nuño, *El pensamiento de Platón*, FCE, México, 1988, p. 11.

⁶ Originalmente publicado con el título *La filosofía de Borges*. Era expreso deseo de su autor que el definitivo, en caso de reeditarse, fuera *La filosofía en Borges*.

hablando es un número finito de temas, que son los que corresponden a los diferentes mitos filosóficos engendrados y desarrollados sucesivamente por la humana cultura.⁷

Junto a esta visión de la filosofía como reiterativo tomar y retomar, andar y desandar temas propiamente filosóficos, para Nuño era indispensable que la reflexión *ad hoc* —la filosofía como actividad, no como doctrina— se basara en conocimientos comprobables acerca del mundo y del hombre. Tengo para mí que ésta es una de las razones de la poderosa fascinación que sobre él ejerció siempre Platón, y a la vez una de las claves de su mitigado gusto por Aristóteles, “cuya capacidad de simplificación esquemática de los autores a los que comenta es inagotable.”⁸ Nuño, que descreía en los esquematismos erigidos en sistema, no pensaba que la búsqueda de la verdad filosófica fuera inconciliable con el ejercicio de la humana libertad. De hecho, aunque nunca se permitió la prepotente osadía de proclamarlo, esos dos términos —verdad filosófica, humana libertad— se implicaban mutuamente: no hay verdad filosóficamente alcanzada que no nazca del libre ejercicio de la condición humana, y toda verdad filosóficamente pensada (y vivida) engendra la condición de nuevas formas de libertad. Entre todas, de la más genuina, la propiamente filosófica: libertad de dogmas y doctrinas. Para Nuño —y, desde su óptica, para Platón— esa libertad es siempre fruto del arraigo de las ideas en la realidad. “A menos que todavía vivamos de mitos, tendremos a la filosofía como producto humano y dependiente, por consiguiente, de las actitudes, posiciones, conveniencias e intereses de quienes, de una u otra manera, para uno u otro fin, la manejan, si es que no la practican.”⁹

Asimismo, y de manera general, la orientación dada por Nuño a su carrera de investigador y docente a partir de la década de 1960, aunque aparentemente lo alejaba del estudio *stricto sensu* de la filosofía antigua, no puede sin embargo comprenderse en su intención última sin referencia al autor de la *República*. A Nuño le atraían sobremanera los usos del lenguaje y el señalamiento de los peligros que entraña su mal uso y abuso. Una actitud de desconfianza que en última instancia bebe de la fuente platónica,

⁷ Juan Nuño, *Los mitos filosóficos*, Reverso, Barcelona, 2006, pp. 210-212.

⁸ Juan Nuño, *El pensamiento de Platón*, p. 158.

⁹ Juan Nuño, *Sentido de la filosofía contemporánea*, EBUC, Caracas, 1965, p. 36.

y que también de ella extrajo la fascinación por “paradojas, criterios de verdad, niveles de lenguaje, tautologías”,¹⁰ antes de fortalecerla y refinarla a su paso por las filosofías del lenguaje y por aquellos escritores –sobre todo, Cervantes y Lewis Carroll– en los que halló materia para varios de sus cursos de postgrado en lógica.

En última instancia, *El pensamiento de Platón* contiene ya en germen el tronco y las ramas del árbol filosófico plantado por Nuño. En sí, libro magistral que abarca la obra más seminal de la filosofía occidental (si, con Whitehead, pensamos que la tradición toda de la filosofía europea consiste en una serie de notas a pie de página al corpus platónico) centrándose en “el curso del desarrollo filosófico platónico, mediante el hilo conductor antropológico”,¹¹ también ofrece la mejor introducción a los objetivos filosóficos de su autor. Quien antes de morir, en mayo de 1995, acariciaba dos proyectos: un estudio dedicado a Wittgenstein y una (nueva) revisión de Platón. El impulso para este segundo trabajo, por conversaciones y algunas notas dejadas por Nuño, se lo proporcionó la edición de la obra completa de Platón en la traducción de García Bacca.

Platón acabó siendo para Nuño, así, principio y previsible, aunque no cumplido, final de una trayectoria filosófica ejemplar, a la vez tributaria de aquella temprana fascinación y libre de sus muchas mazmorras filosóficas. De quien aprendió, sobre cualquier otra enseñanza, la lección del compromiso con la búsqueda de la verdad, y a quien bien puede aplicársele, a su vez, la definición que dejó del ateniense: “Antes que nada, fue un hombre con los pies en la tierra y la vida dedicada a los asuntos de su ciudad, sin escapismo ni subterfugios intelectuales.”¹²

Coda

Del hecho genético de ser hija de Juan Nuño no se desprende forzosamente la consecuencia de que no llegara a conocerlo. Ya se sabe: nuestros seres más próximos y queridos se nos vuelven invisibles con el trato cotidiano, y la costumbre nos conduce a fijar la imagen que de ellos tenemos

¹⁰ Ver, por ejemplo, “El barbero y las pompas de jabón”, en Juan Nuño, *La veneración de las astucias. Ensayos polémicos*, Monte Ávila, Caracas, pp. 85-88.

¹¹ Juan Nuño, *El pensamiento de Platón*, p. 11.

¹² *Ibid.*, p. 16.

en una estampa clara, aunque también simplificada. Juan Nuño era mi padre, ciertamente, pero nunca alcancé a figurármelo siquiera principalmente como tal. Todo el mérito, por descontado, es suyo, ya que, sin dejar de serlo, fue naturalmente muchas otras cosas. Un amigo, un consejero, un compañero. He dicho “naturalmente” porque era todas esas cosas sin impostación o esfuerzo, y me consta que lo fue también con quienes lograron penetrar en el recinto de su intimidad.

Si la palabra no hubiera acabado cargándose de tantas connotaciones negativas, diría que Nuño fue ante todo un intelectual a carta cabal. Su modo de estar en el mundo era, y perdóneseme la tautología, precisamente ése: estar en él. No se sentía ajeno a nada de lo que aconteciera a su alrededor y que tuviera un impacto en nuestras vidas: la política, el debate de ideas, la ciencia. La literatura, el cine, la música. De todo ello se nutrió y sobre casi todo escribió, y aun sobre fútbol, una de sus pasiones, nos dejó un ensayo luminoso.¹³

Si tuviera que resumir en una sola palabra la impresión que me producía verle y conversar con él, no dudaría un instante: un viaje. Ojo: no una aventura, sino un trayecto deseado y planificado a través de una comarca que se ha decidido recorrer para descubrirla o conocerla mejor. A veces el viaje era real: Juan Nuño adoraba viajar. Más de una vez le oí decir que su ideal de vida consistía en no tener casa propia y poder vivir en un hotel, preferiblemente en una ciudad desconocida. Al placer sumo de descubrir –y además sin ser descubierto: anónimamente– sumaba el de compartir sus descubrimientos con sus amigos y familia. Pero incluso si no se viajaba físicamente a su lado, bastaba con conversar con él para acabar descubriendo algo nuevo. Y no sólo porque sus ideas y reflexiones fueran casi siempre originales y sustanciosas, sino porque hablando con él se sacaban a la luz pensamientos que no habíamos formulado antes, por pereza o falta de debida atención. De un modo aparentemente casual, Nuño llevaba a su interlocutor de la mano hasta un ámbito que podía reconocer como nuevo y a la vez propio. Un ámbito mental, sin duda, pero no por ello menos amable y habitable. Sin proponérselo, pues –aunque esto quizás sea cierto a medias solamente–, Nuño aplicaba en su conversación una variante, afortunadamente menos didáctica, de la mayéutica socrática.

¹³ “Razón y pasión del fútbol”, *Vuelta*, México, nº 116 (julio de 1986), pp. 22-26.

Había una contradicción insalvable entre su verdadero carácter y la imagen que de él podían llegar a tener quienes sólo lo conocían a través de sus escritos, sobre todo si habían sido objeto de alguna de sus mordaces críticas. Era un hombre genuinamente reservado y dotado de una finísima sensibilidad, lo que le hacía detestables las multitudes en cualquiera de sus formas. Pero era todo salvo un misántropo, y buscaba siempre que podía la compañía de sus amigos, que procuraba enmarcar en ocasiones placenteras y gratificantes: una buena comida o cena, la visita a un museo, un paseo por un hermoso rincón de la ciudad donde se encontrara. Detestaba sentar cátedra, es decir, reducir a sus interlocutores a la condición de público o comparsas. De ahí le venía también, creo, su detestación de algunos filósofos claramente afectos al monólogo, como Ortega o Heidegger, y su embeleso por pensadores y escritores que ejemplifican la urbanidad del diálogo, de Russell a Borges, de Oscar Wilde a Orwell.

Sólo quienes no saben de la verdadera circunspección pueden asombrarse de que un hombre reservado sea a la vez un polemista feroz. Quien no gusta de banderías, sectas y capillas, en realidad, es mucho más libre de formular públicamente sus ideas; no le debe, a la hora de pensar por su cuenta, nada a nadie, y se debe sólo a sus convicciones. Nuño tenía merecida fama de polemista temible, es cierto. Pero había algo más, algo que no sólo infundía respeto sino que hacía que sus lectores, o muchos de ellos, se sintieran más inteligentes después de haber leído sus comentarios, lúcidos, honestos y, a ratos, acerados. Junto a una prosa magnífica —un castellano límpido, sin afeites retóricos, claro y preciso y a la vez elocuente y sonoro—, Nuño ponía en práctica esa virtud clásica en autores seguros de sus ideas y maduros en el dominio de sus herramientas que consiste en apelar a la inteligencia del lector. Nunca incurría en la grave falta ética de suponerle menos luces de las que él tuviera, y por descontado no buscaba halagarlo alimentando sus prejuicios e ideas preconcebidas.

Referiré sólo una anécdota para ilustrar el impacto que producían en sus lectores caraqueños los artículos de opinión que, en los últimos años de su vida, publicaba semanalmente en varios diarios de la capital venezolana. Sucedió días después de su muerte. Yo había ido a la oficina de correos donde Nuño tenía residenciado su apartado postal a retirar la correspondencia que se hubiera acumulado. Una empleada, que me vio hacer tal cosa,

se acercó a preguntarme si yo era un familiar “del Sr. Nuño”. Sabía de la muerte de mi padre por la prensa: todos los periódicos del país publicaron la noticia, los más importantes en primera plana, y durante semanas acogieron homenajes en forma de comentarios a su obra y testimonios de amigos. Luego de darme el pésame, aquella mujer —una empleada de correos, insisto, no una universitaria o una profesional— pronunció, con palabras simples, el mejor homenaje póstumo con el que puede soñar un pensador: “No sabe cuánto vamos a echarlo de menos”.

Por fortuna, podemos mitigar esa nostalgia leyendo y releendo a Juan Nuño.

Bibliografía de Juan Nuño

- *La revisión heideggeriana de la historia de la filosofía*. Episteme, Caracas, 1962.
- *La dialéctica platónica. Su desarrollo en relación con la teoría de las formas*. Episteme, Caracas, 1962.
- *El pensamiento de Platón*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1963; 2ª ed.: Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- *Sentido de la filosofía contemporánea*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1965; 2ª ed., 1980.
- *Sartre*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1971.
- *El marxismo y las nacionalidades. El planteamiento de la cuestión judía en el marxismo clásico*. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1972.
- *La superación de la filosofía y otros ensayos*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1973.
- *Elementos de lógica formal* (1975). 2ª ed.: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1980.
- *El marxismo y la cuestión judía*. Monte Ávila, Caracas, 1977.
- *Compromisos y desviaciones*. Ensayos de filosofía y literatura. 2ª ed.: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1978.
- *Kafka: clave judía*. Editorial Venezolana, Mérida, 1983.
- *Los mitos filosóficos*. Exposición atemporal de la filosofía. México, Fondo de Cultura Económica 1985; 2ª ed.: Reverso Ediciones, Barcelona, 2006.

- *200 horas en la oscuridad. Crónicas de cine.* Ediciones de la Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1986.
- *La filosofía de Borges.* Fondo de Cultura Económica, México, 1986; 2ª ed.: La filosofía en Borges. Reverso Ediciones, Barcelona, 2005.
- *Sionismo, marxismo, antisemitismo.* La cuestión judía revisitada. Monte Ávila, Caracas, 1987; 2ª. ed.: Reverso Ediciones, Barcelona, 2006.
- *Doble verdad y la nariz de Cleopatra.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1988.
- *La veneración de las astucias. Ensayos polémicos.* Monte Ávila, Caracas, 1988.
- *La escuela de la sospecha. Nuevos ensayos polémicos.* Monte Ávila, Caracas, 1990.
- *Fin de siglo.* Ensayos. Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- *Escuchar con los ojos.* Monte Ávila, Caracas, 1993.
- *Ética y cibernética.* Monte Ávila, Caracas, 1994.



La muerte de Lezama

Omar Vargas

En algunas ciudades de Asia, al pasar de la vida a la muerte, no se saca al muerto por la puerta, sino se rompe un muro de la casa como esperándolo para una nueva causalidad.

José Lezama Lima, *El reino de la imagen*, 360

En el libro *Cercanía de Lezama Lima*, en el fragmento “Un triste privilegio”, Roberto Fernández Retamar afirma que él fue el último de los miembros del círculo de amigos de Lezama que tuvo el honor de estar a su lado antes de su muerte. Relata cómo fue testigo de su traslado de la casa de Trocadero 162 al pabellón Borges del hospital universitario Calixto García y cómo, en medio de bromas y muestras de afecto, le dijo:

Josefto...tienes que portarte bien y dejarte hacer todo lo que sea necesario. Fíjate que te han traído al pabellón Borges, que es donde traen a los buenos poetas. Si no lo haces, te mandarán al Sánchez Galarraga. (127)

Aclara Fernández Retamar que este “Borges” no tiene nada que ver con el escritor argentino, sino con Jorge Elías Borges, médico y mártir de la revolución; y que Sánchez Galarraga —probablemente Gustavo Sánchez Galarraga



* REVISTA ALEPH, 1971-1972
LIFE, 1973-1974
MAGAZINE, 1975-1976
REVISTA ALEPH, 1977-1978
MAGAZINE, 1979-1980
REVISTA ALEPH, 1981-1982
MAGAZINE, 1983-1984

(1893-1934)— fue un poeta mediocre. Tal vez las últimas palabras de Lezama fueron dichas poco después a Fernández Retamar, esta vez en conversación telefónica desde el hospital: “Cuando creían que había descendido a la mansión del Hades, me encuentran en Guanabacoa bailando una rumba.” (128).

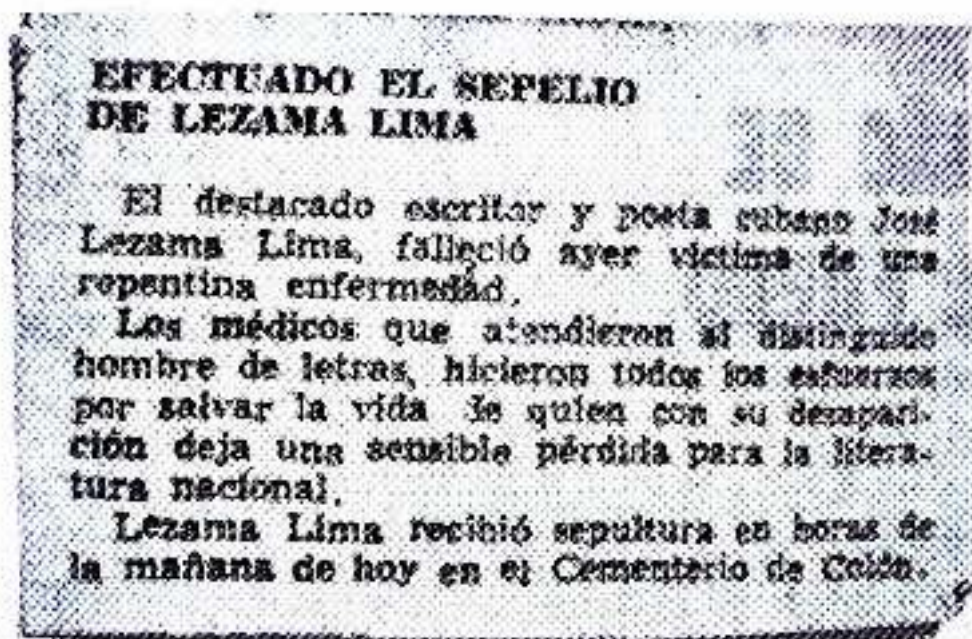


Fig. 1: De esta escueta manera registró el diario *Juventud Rebelde* la muerte de Lezama en su edición del martes 10 de agosto de 1976.



Fig. 2: La tumba de Lezama en el Cementerio Colón

Durante mucho tiempo el testimonio de Fernández Retamar fue la única referencia escrita que se tuvo de la muerte de Lezama, hasta la aparición

de “Últimos días de Lezama”, la contribución de José Luis Moreno del Toro al dossier “Secularidad de Lezama Lima”, el cual fue publicado por la revista *Casa de las Américas* en su número 261, de octubre-diciembre de 2010, como parte del homenaje al centenario del nacimiento del poeta. También poeta, Moreno del Toro (Cuba, 1943) fue el médico personal de Lezama durante un poco más de diez años. La relación, tanto de médico-paciente como de discípulo-maestro que se dio entre ellos (Moreno fue además uno de los participante del “curso délfico”, el magisterio creado por el Lezama para jóvenes poetas), se remonta a la asistencia que le prestara Moreno a raíz de la fuerte depresión en que cayó el autor de *Paradiso* con motivo de la desaparición de su madre, acaecida en 1964. Fue a él a quien le correspondió, por tanto, la ingrata tarea de firmar el acta de defunción del poeta. Moreno ofrece en su relato, en donde emergen algunas discrepancias con el de Fernández Retamar, detalles médicos de las complicaciones que le costaron la vida a Lezama: sus débiles pulmones, tan atormentados por una vida de asma, no resistieron la sepsis urinaria que lo atacó durante los primeros días del mes de agosto de 1976, causándole una fatal bronconeumonía¹. Al enterarse de esto, Eloísa Lezama, desde su exilio, cuestionó la idoneidad del doctor Moreno y de los servicios de salud de la isla, calificando la muerte de su hermano como desproporcionado producto de una “tonta neumonía” (Casa 133). Moreno, en su defensa ante estos señalamientos, establece una cadena de significativas coincidencias presentes en la historia médica de la familia Lezama: recuerda cómo el coronel Lezama murió de una bronconeumonía, durante una epidemia de gripe, en 1919; Rosa Lima, la madre del poeta, falleció en 1964 a causa de una sepsis urinaria complicada con una falla renal; y final e irónicamente, Eloísa Lezama murió en Miami en 2010 a causa de otra “tonta neumonía” (133).

¹ Para empezar, Moreno del Toro, además de médico personal y discípulo del Curso Délfico, también era amigo de Lezama. Por tanto, debió ser él, y no Fernández Retamar, “el último de los miembros del círculo de amigos de Lezama que tuvo el honor de estar a su lado antes de su muerte”. De otra parte, el relato de Retamar no ofrece los detalles del traslado de Lezama al pabellón Borges. Parte de estas discrepancias se explican por la no inclusión del testimonio de Moreno en el volumen *Cercanía de Lezama Lima*, editado por Carlos Espinosa en 1986, publicado con motivo de la conmemoración del décimo aniversario de la muerte del poeta. Las razones de esta exclusión no son muy claras. Moreno sostiene que fue su decisión voluntaria no tomar parte en ese libro.



Figura 3: José Luis Moreno del Toro; La Habana, 2011

Uno de los detalles más sobrecogedores del relato de Moreno tiene que ver con el hecho de que, después de mucha insistencia de su parte, consigue que María Luisa y el propio Lezama accedan al traslado del poeta, al filo del mediodía del domingo 8 de agosto de 1976, al pabellón Borges del Calixto Ochoa.

Para tal efecto se había dispuesto una ambulancia cuyos recursos y personal tropezaron con la inesperada dificultad de que, dada la obesidad y la precaria condición de salud de Lezama, no fue posible sacar la camilla con su cuerpo por la puerta de la casa, razón por la cual fue necesario:

....romper el herrumboso y viejo candado que guardaba las rejas de la primera ventana de la sala, para sacarlo, no sin dificultad, en la camilla, ya que las dimensiones estrechas de la puerta, la angulación existente entre ella, la escalera a los pisos superiores y la puerta principal del edificio de Trocadero 162, así como la posición de la camilla y el paciente, dificultaban la maniobra. (131)

La muerte y Lezama se encuentran entonces en una página distinta y desgarradora, después de incontables merodeos y seducciones. Y es que, además del fatídico 9 de agosto de 1976, a lo largo de toda su obra, la muerte aparece en Lezama en forma constante, elocuente e inquietante: su primer poema es “Muerte de Narciso”; el cuarto apartado de su primer ensayo es “Muerte de Garcilaso”; otro de sus ensayos, publicado en 1953 en *Analecta del reloj* pero firmado en 1941, es “Muerte de Joyce”; en *Tratados en La Habana* también aparece un corto texto, del 15 de diciembre de 1954, titulado “En la muerte de Matisse”; mientras que “Muerte del tiempo” es originalmente publicado en 1942, en el número 6 de la revista *Nadie parecía*. El último texto que jamás apareció en una edición de la revista *Orígenes*, en su último número 40 de 1956, es una “Nota de la dirección”, firmada por Lezama con sus iniciales (J.L.L.) y titulada “En la muerte de José Ortega Gasset”²; no sorprende que la muerte de *Orígenes* se cumpla como una más de las muertes de Lezama.

² En el índice del volumen VII de la compilación de los 40 números de la revista *Orígenes*, realizada conjuntamente en 1992 por Ediciones del Equilibrista, de México, y por Sociedad Estatal Quinto Centenario

El concepto de la muerte en Lezama es múltiple y comúnmente está asociado con la ausencia, con un evento que, en lugar de final, marca el origen, el centro inestable de la vida; un hecho simbólico y decisivo en el que se captura la esencia de la existencia. Pero, por supuesto, la muerte es mucho más que eso. Es posible establecer, para empezar a determinar otras variantes de su multiplicidad, una relación entre Lezama y Jorge Manrique a propósito de la muerte. En cierta forma toda la obra de Lezama, como un perpetuo latido de la ausencia, puede ser vista como una complejísima configuración "hipermetafórica" a la manera de "coplas a la muerte de su padre". Don Rodrigo Manrique y el coronel Lezama son hombres de notables y valerosas ejecutorias en el campo de la estrategia militar³, cuyas batallas son memorables y cuyos actos son siempre modelos de los más altos valores éticos. Por lo menos esa es la imagen que acompaña a sus hijos. Al mismo tiempo, este paralelo entre los Manrique y los Lezama nos conduce a un nivel más abstracto del problema padre-hijo, cuyas diversas aristas permean prácticamente todas las principales preocupaciones conceptuales de Lezama. Es aquí precisamente en donde la causalidad encuentra su punto de quiebre, donde mejor se manifiestan las nociones alternas de tiempo y muerte y donde también cobra especial valor la doctrina de la generación eterna de Orígenes, a la que parece suscribirse Lezama.

La aparición de la muerte en Manrique alcanza grados de profundidad metafísica. Continuando con una tradición medieval ya planteada por ejemplo por Juan Ruiz en el *Libro del buen amor*, a propósito del lamento por la muerte de la Trotaconventos (estrofas 1520-1575), en principio, la muerte es referida como un personaje siniestro, como un enemigo despiadado e implacable, cuya aparición se da en el momento final de la vida. El hombre se encuentra con ella en un desafío que unas veces recuerda una batalla militar y otras veces un juego de ingenio, como el ajedrez⁴. Típicamente se trata de una confrontación desigual entre el hombre y la muerte en la que sólo la intervención divina puede equilibrar las cargas y conducir a la

Turner Libros, de España, se corrige el error de edición y se titula la nota como "La muerte de José Ortega (y) Gasset" (Página 502).

³ La figura de Garcilaso encaja con esta aproximación.

⁴ En la estrofa 1531 del LBA se lee: "ca la vida es juego"; en la copla XXXIII de CAMP hay una alusión directa al hecho de jugarse la vida contra la muerte como en un tablero de ajedrez: "Después de puesta la vida/tantas veces por su ley;/al tablero;/después de tan bien servida/la corona de su rey/ verdadero..."

victoria del hombre. En las coplas, la muerte inicialmente es una presencia externa y discreta; sin embargo, cuando Manrique se aventura a hacer consideraciones más filosóficas, establece una distinción entre ese personaje y “el morir” (“Nuestras vidas son los ríos/que van a dar en el mar,/ qu’ es el morir”). La vida es como un camino —algo transitorio, una estación— en el que hay que andar sin errar, lo que constituye una invitación al buen juicio. Hay una vida terrenal que sirve para llegar a la otra vida. Manrique presenta entonces el conflicto entre lo “temporal” y lo “eterno”, reivindicando entonces dos facetas del tiempo. Más adelante, el poeta recrimina a la muerte (copla XXIII); la trata como cruel, cruda, fuerte y enfadada. Incluso le inquiere por el lugar a dónde se lleva a los muertos. Para la copla XXXIV, en un desplazamiento de perspectiva subjetiva, el poeta plantea el instante del encuentro entre don Rodrigo y una muerte que ahora tiene voz y responde. Se trata de otro tipo de muerte, más sensata y sabia, que expone sus razones y plantea la idea de tres vidas: la de este mundo (estados mundanales), la de la fama, y la vida perdurable. El encuentro entre la muerte y don Rodrigo es lo que Manrique llama “el morir” (copla XXXVIII⁵). Don Rodrigo es persuadido por una muerte que ya no es un enemigo despiadado, sino una especie de agente de la voluntad de Dios. Este encuentro implica tres cosas: un buen morir, “cercado de su mujer/ y de sus hijos e hermanos/e criados”; el entregarle su alma “a quien ge la dio/ (el cual la dio en el cielo en su gloria)”; y una nueva forma de vida pues “que, aunque la vida perdió/déxonos harto consuelo/su memoria”.

La desaparición de Rodrigo Manrique, el 11 de noviembre de 1476, está enmarcada dentro de unas circunstancias que llevan a su hijo a darle distintas dimensiones a su poema: religiosa, moral, política e histórica. Pero más allá de estas consideraciones, lo que sobresale es su tratamiento del tiempo. La inclusión en el poema de las distinciones entre sustantivo y verbo (vida/vivir y muerte/morir), por ejemplo, introducen una perspectiva singular que está en concordancia con el consenso que involucra tres características fundamentales del significado del tiempo: la dirección única o flecha del tiempo; las diferencias categóricas entre pasado, presente y fu-

⁵ Non tengamos tiempo ya/en esta vida mesquina/por tal modo/que mi voluntad está/conforme con la divina/para todo/e consiento en mi morir/con voluntad plazentera, /clara e pura/que querer hombre vivir,/ cuando Dios quiere que muera,/es locura)

turo; y el reconocimiento de un presente en estado de continua formación, el "constant becoming", lo cual implica esencialmente la distinción de lo que Lezama llamará "los dos extremos del tiempo" (el "being" y el "becoming": el "destino" y el "viaje") que en las coplas se manifiesta como vida terrenal y eternidad. Incluso Manrique llega a especificar este instante de tránsito entre la vida y la muerte en las coplas V y XXXV⁶.

De manera que, en un primer barrido, la invocación a la muerte por parte de Ruiz, Manrique o Lezama, contiene básicamente los mismos elementos: es provocada por la desaparición de un ser querido (la Trotaconventos, don Rodrigo Manrique, el coronel José María Lezama y Rodda); y presenta a la muerte en principio como un personaje espectral, para eventualmente situarla más conceptualmente como parte de un proceso, una faceta más de la vida, cuya complejidad y misterio empiezan a arrojar alguna claridad en tanto se reconocen las tensiones de los dos extremos del tiempo los cuales, a su turno, marcan la distinción entre los tres niveles de vida: la terrenal o mundana, la de la memoria y la eterna.

¿En dónde empieza, pues, a configurarse un concepto propiamente lezamiano de "muerte"? Son tres los elementos que perfilan esta demarcación. En primer lugar, a diferencia de Ruiz o de Manrique, quienes abordan la experiencia de la muerte con herramientas poéticas (es decir: van de la muerte a la poesía), Lezama reconoce en toda experiencia poética la presencia de la muerte (o sea, va de la poesía a la muerte). Más aún: hay para él una correspondencia entre el acto de creación estética y la muerte. Por eso, como ya veremos, su idea de la muerte se confunde con la proclamación de su teoría estética. En segundo lugar, en concordancia con lo planteado en "Incesante temporalidad", la muerte para él no es un evento final, puntual y aislado, no remite a un estado único —"being"—, sino que está en perpetuo estado de producción —"becoming"—; el tránsito entre la vida y la muerte es, por tanto, un incesante e intercambiable camino abierto, una página en blanco. Y por último, más allá de su alineamiento dogmático y filosófico,

⁶ Copla V: Este mundo es el camino/para el otro, qu' s morada/sin pesar;/mas cumple tener buen tino/para andar esta jornada/sin errar;/partimos cuando nascemos,/andamos mientras vivimos/y llegamos/al tiempo que fenecemos;/assí que cuando morimos,/desoansamos. Copla XXXV: "Non se os haga tan amarga/la batalla temerosa/qu'esperáis,/pues otra vida más larga/de la fama gloriosa/acá dexáis,/(aunqu' esta vida d'honor/tampoco no es eternal/ni verdadera);/mas, con todo, es muy mejor/ que la otra temporal,/perescedera."

en el que se destaca un énfasis no en las condiciones de la otra vida, sino en el proceso de resurrección, Lezama reivindica el trayecto y la vigencia americana del proyecto cultural latino, católico e hispano, sin dejar de lado, en un singular sincretismo, sus apropiaciones de "El libro de los muertos", el confucionismo, el budismo y el orfismo.

Obras consultadas

Beaupied, Aída. *Narciso hermético. Sor Juana Inés de la Cruz y José Lezama Lima*. Liverpool: Liverpool University Press, 1997. Print.

Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite*. 2nd ed. 1989. Hamover: Ediciones del Norte, 1996. N. pag. Print.

Bergson, Henri. *Introducción a la metafísica*. Trans. Carlos Sabat Ercasty. Montevideo: Claudio García y Cia, 1944. Print.

Centro de investigaciones latinoamericanas, Universidad de Poitiers, Francia. *Coloquio internacional sobre la obra de José Lezama Lima. Vol. 1: Poesía*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1984. Print.

Coveney, Peter, and Roger Highfield. *The Arrow of Time*. New York: Ballantine Books, 1991. Print.

1942. Print.

Espinosa, Carlos. *Cercanía de Lezama Lima*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1986. Print.

Griffin, David Ray, ed. *Physics and the Ultimate Significance of Time. Bohm, Prigogine, and Process Philosophy*. Albany: State University of New York Press, 1986. Print.

Heller, Ben A. *Assimilation/Generation/Resurrection: Contrapuntual Readings in the Poetry of José Lezama Lima*. London: Associated University Presses, 1997. Print.

Herrera, Fernando De. *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*. Ed. Inoria Pepe and José María Reyes. Madrid: Ediciones Cátedra, 2001. Print.

Levinson, Brett. *Secondary Moderns: Mimesis, history, and Revolution in Lezama Lima's "American Expression."* London: Associated University Presses, 1996. Print.

Lezama Lima, Eloísa. *Una familia habanera*. Miami: Ediciones Universal, 1998. Print.

Lezama Lima, José. *Analecta del reloj*. Ed. Maiteé Gómez Fernández. 1953. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2010. Print. Obras Completas.

---. "Cronos o la sospecha que ciega." *El Diario de la Marina* 31 Dec. 1949: n. pag. Print.

---. *Diarios (1939-1949/1956-1958)*. Comp. Ciro Bianchi Ross. Ciudad de La Habana: Ediciones Unión, 2010. Print.

---. "El juego de pelota o la historia como hipérbole." *El Diario de la Marina* 9 Oct. 1949: n. pag. Print.

---. *El reino de la imagen*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1981. Print. Selección, prólogo y cronología por Julio Ortega

---. *Fragmentos a su imán*. Primera ed. México, D. F.: Ediciones Era, 1978. Print. Poema-prólogo de Octavio Paz

---. "Guerra atómica o la ironía de la especie." *El Diario de la Marina* 23 Feb. 1950: n. pag. Print.

---. "Guy Pérez Cisneros -Un mural de Mariano- Los pintores y una proyectada exposición." *Orígenes* 34 (1953): 77-81. Print.

---. *La cantidad hechizada*. 1970. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2010. Print. Obras Completas. Edición y corrección: Adrián Fernández Díez

---. *La expresión americana*. México, D.F.: Fondo de cultura económica, 2005. Print. Edición con el texto establecido por Irlemar Chiampi.

---. "La inundación de citas o un nuevo rico." *El Diario de la Marina* 19 Nov. 1949: n. pag. Print.

---. "La muerte de José Ortega Gasset." *Orígenes* 40 (1956): 76-8. Print.

---. *Obras Completas*. México, D. F.: Aguilar editor S.A., 1975. Print. Vol. 1 of *Novelas/Poesía completa*. 2 vols. Introducción de Cintio Vitier con 13 ilustraciones.

---. *Obras Completas*. México, D. F.: Aguilar editor S. A., 1975. Print. Vol. 2 of *Ensayos/Cuentos*. 2 vols.

---. *Oppiano Licario*. Ed. César López. 1977. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., 1989. Print.

---. "Oppiano Licario." *Orígenes* 34 (1953): 322-51. Print.

---. "OVNI o el ninivita arcádico." *El Diario de la Marina* 25 Mar. 1950: n. pag. Print.

- - -. *Paradiso*. Madrid: Colección Archivos, 1988. Print. Edición Crítica. Cinto Vitier, coordinador

- - -. *Paradiso*. Ed. Eloísa Lezama Lima. Tercera ed. Madrid: Ediciones Cátedra, 1989. Print.

- - -. *Paradiso*. 1991. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2009. Print. Obras Completas. Edición y corrección: Rogelio Riverón y Anet Rodríguez-Ojea

- - -. *Tratados en La Habana*. La Habana, Cuba: Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, 1958. Print.

Manrique, Jorge. *Coplas a la muerte de su padre*. Madrid: Editorial Castalia, 1983. Print. Con cuadros cronológicos, introducción, bibliografía, notas y llamados de atención, documentos y orientaciones para el estudio a cargo de Carmen Díaz Castañón.

Moreno del Toro, José Luis. "Últimos días de Lezama." *Casa de las Américas* 261 (2010): 127-33. Print.

Ruiz, Juan (Arcipreste de Hita). *Libro de buen amor*. Ed. Alberto Blecua. Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas, 1992. Print.

Valoración múltiple, José Lezama Lima. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2010. Print. Edición al cuidado de Roberto Méndez Martínez



Asedio de dioses en la ensenada de los mártires
ha sido justificación de la pérdida
en el rosado de la tarde

En huida
personas ajustan la mirada al tricolor
de la suerte echada
y el peregrinaje da vueltas
con la convergencia en la señal
de lo desconocido

El retorno se vuelve destino
para el fuego y la cigarra
con agotamiento de las posibilidades más atrevidas

Silencio cunde en espacios colindantes
con el horizonte de las vidas

*

La nostalgia de las sombras envuelve las palabras
y saca estridencias del alma
con los pasos de viandantes
venidos de lejanía

Los caminos se hicieron propicios a la huida
sin desprender las sombras

El éxodo volvió actual las antiguas travesías
de civilizaciones propensas al destierro

El trajín de siglos no abandona proceder similar
para afrontar las diferencias
en el marco de similar infamia

*

Asesino de palabras es la complicidad del viento
entre nubes de ironía
y techos con el desplome del tiempo caduco

Las palabras recuperan pronto la vida
y sumergen el mundo en ellas
con la agonía de los decires
fuera de contexto

En el pasado las palabras al incendiar conjeturas
le jugaban a morir en el espejo
de doble fondo
pero ahora están en sintonía
con el cuerpo de la concupiscencia
aclamada en lágrimas

*

Alocución de emprendedores de la fuga
acaricia el destino de pasos en retirada
como si se tratase de pétalos marchitos
La amenaza cruzó los muros sordos
y en el escenario actuó con el apogeo
de impropiedades
en ramillete de cenizas

El ruego del silencio encendió la vocación
de retorno
con la misma facilidad de la estampida
en la fuga

Surcan entonces las palomas en el cielo
con la soberbia distracción de la desmesura

*

Maravilla de contexto en las piedras
que circundan el paladeo de las cosas
en tierra ajena
y maravilla en lo esplendente de la armonía
en imágenes construidas al vacío

Filos de rocas se sueñan en el lecho
de espartanos con cara dura

en simultaneidad al paso por estrechos valles
tan expuestos a los desastres periódicos

Gentes se congregan en aquellos lugares
del delirio
sometidas al riesgo que carcome la esperanza
pero en las tardes el silencio selecciona
la morada
con apego a normas de coexistencia

*

La inconfundible mirada de los espejos
indica el momento de alienaciones insolubles
y esconde el otro sentido de personas
y cosas

El mirarse al espejo es instante de fuga
tras la fantasía de narraciones intocables

Con los años el espejo esconde las ganancias
de espíritus
dados al cultivo de ribetes en los caminos

Cuando el tiempo se deje de sí mismo
los espejos alcanzarán la duración

del símbolo

prestado en ausencia de dioses

*

Canción del destierro en la simiente del retorno
hace de los días el apremio de los bosques

Entretanto
las estrellas especulan en el destino
con las puertas abiertas a la interpretación libre
de las vidas

Los caminos conducen a la Cruz de Malta
y en los entornos
el ciclo de las luces en agonía

Pulular de luchas infructuosas
oculta el sino real de guardianes alejados
por siempre

de la certeza

[Fragmento de libro inédito del mismo título]

Las grandes circunstancias

Douglas A. Palma

I

La riqueza y la erudición son peligrosísimas, la mayor parte de las veces sólo sirven de vehículo para expresar la parte más vulgar de nuestro espíritu y para revestirnos con ella siempre en detrimento de los otros...

Teresa de la Parra, *Carta a Rafael Curiás*
(19-10-1929)



POSTICORREI
AUGUSTO GABRIELI
ARGENTINO / FINEDE
BOGOTÁ 4 82705
JULIO 2011

Pareciera difícil escribir e irse borrando o, como lo practica Jean Bloch-Michel en su ensayo *Les grandes circonstances* (Paris: Gallimard, 1949), al hablar de su experiencia en la resistencia clandestina contra la ocupación alemana, convertir el habla en asíntota. Esas grandes circunstancias (los ‘big troubles, revolution or so...’ de Bubulina en *Zorba el griego*) permiten a los espíritus accesibles conocer el pueblo al que pertenecen: al campesino, al obrero, al loco, al cobarde. Todo, hasta el humo del cigarrillo, deja en ese espíritu una historia. Pues se trata, en el fondo, de conectarse con una lentitud que enseña, lentitud de gente de manos gruesas que se “debe al trabajo solitario y silencioso, a la compañía y al amor de los

animales”. En las grandes circunstancias también la memoria viene en ayuda y lo poco que nos queda de ciertos recuerdos es eficaz pues “uno camina y el tiempo también camina”.

Hay una imagen mitológica que pudiera dar cuenta del modo síquico como trabajaba Rafael López-Pedraza, a quien dedico estas palabras.¹ En el cuento griego de Apolo éste se pelea con algunas ninfas: primero Telfusa, luego las Trías, regalo, junto con el caduceo, que hace a Hermes. Estas últimas dicen la verdad sólo si han podido comer miel, pero mienten si no la tienen. Son la imagen (recubierta la cabeza de un polvo brillante, según los traductores franceses, de blanca harina según Segalá) de ese conocimiento infantil que se atarda en fechas, en nimiedades filológicas, en seriedades académicas. Pero Hermes parece no necesitar de ese conocimiento oracular, según confirma la experiencia literaria. López-Pedraza en muchas de sus obras se conecta con la intuición hermética, incluso en asuntos que tan arduamente claman por la autoridad académica, como lo fue su aproximación al *Picatrix*, ese libro que él consideró de ‘medicina talismánica’. Creo necesario recordar aquí su comercio con este texto en palabras suyas: “Una de mis lecturas del Warburg Institute había sido el libro de Frances Yates: *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, donde la historiadora del Warburg se refería a la influencia del *Picatrix*, entre otros libros, en el Renacimiento. Yo sabía que el *Picatrix* había sido traducido al español en tiempos de Alfonso el Sabio por sus traductores judíos y árabes. Frances Yates cuenta cómo en el Renacimiento, durante el apogeo de Lorenzo el Magnífico en Florencia, un clérigo griego trajo unos manuscritos de lo que hoy día se llama Literatura Hermética. Eran libros helenísticos y entre ellos estaba el *Picatrix*, un tratado de magia talismánica. Como tenía fantasías con este libro, nos pusimos a buscar el *Picatrix*. Encontramos una edición alemana que comenzamos a leer en Untere Zaume, abajo, al final de la calle, donde funcionan las oficinas de la revista *Spring*. Audrey Haas traducía del alemán. La lectura del *Picatrix* fue para nosotros una revelación

¹ Rafael López-Pedraza nació en Santa Clara, Cuba, en 1920. Llegó a Venezuela en 1940 y en 1962 se trasladó a Zurich, donde estuvo hasta 1974, trabajando y estudiando en el Zurichberg Institut. Regresa a Caracas y entre 1976 y 1989 dicta un seminario en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Entre sus obras, aparte de las mencionadas en este texto, están: *Dionisos en exilio* (Editorial Festina Lente, 2000), *Hermes y sus hijos* (Id., 2001), *Sobre héroes y poetas* (Id., 2002), *Eros y sígme* (Id., 2003), *Artemisa e Hípólito: mito y tragedia* (Id., 2005), *Emociones: una lista* (Id., 2008). Murió en Caracas el 10 de enero de 2011.

y una experiencia psicológica formidable, porque abrió las emociones del grupo que participaba en la lectura. Llegamos a decirnos cosas muy fuertes. Con la lectura del *Picatrix* hubo una explosión emocional. De esos seminarios no se sabía nada en Zurich y de un día para otro se llenaron de gente... El *Picatrix* es una obra sobre lo que llamo 'medicina talismánica'. Aby Warburg, el padre de la iconología moderna, estaba fascinado con el *Picatrix* tal como apareció en el Islam medieval, donde está conectado con los signos astrológicos. Warburg vio en la astrología la conexión entre lo racional lógico matemático y lo mágico. Sus seguidores exploraron ese campo. Frances Yates estudió ampliamente la importancia del *Picatrix* y lo talismánico durante el Renacimiento y en el pensamiento neoplatónico de Ficino y Giordano Bruno. Pero en realidad el *Picatrix* es una lectura de los diferentes arquetipos, porque el talismán que se hace está en relación con el arquetipo al que le pertenece el mal que se trata... Este es el principio o dinámica del libro, pero la lectura del *Picatrix* fue de una gran riqueza. Fue una experiencia muy misteriosa que constelizó emociones insospechadas y propició experiencias que no habíamos tenido antes, experiencias que indudablemente nos movieron psíquicamente".²

II

Yo sé torear bien, pero no sé torear de otra manera

Rafael de Paula, torero

Tuve el privilegio de asistir a muchas de las conferencias de López-Pedraza en las que "in statu nascendi" su verba caribe ponía en juego imágenes (esto lo percibí más tarde) que sólo un poeta como Wallace Stevens (gerente, normal y, además, racista), hubo podido poner en verso. Esas clases del analista López-Pedraza tuvieron la curiosa fortuna, ajena a sus intenciones, de ayudar a crear en la Escuela de Letras de la Universidad Central una suerte de retórica "almista" que no estaba exenta de ese brillo intelectual (¿la blanca harina de las Trías?), de esa velocidad discursiva propia del especialista que no experimenta la auténtica emoción de quien trabaja con imágenes. Dicha retórica se tornó superficial, sin tono ético,

² Axel Capriles M., Movimientos posjunguianos: Conversaciones con Rafael López-Pedraza, Caracas: Revista Venezolana de Psicología de los Arquetipos, N° 1.

pues tanto servía para dar sustento al trabajo académico o para organizar el “poder intelectual”:³ metas (¡habrase visto palabreja más desalmada!) de una probable organización etérea de dicha escuela. Como era de esperarse López-Pedraza no continuó con sus cursos y lo oído en viernes fue desalocado del alma.

En un desierto un viajero encuentra dos enormes piernas de una estatua, un rostro enterrado en la arena y un pedestal en el que se lee “Yo soy el rey de reyes, miren mis obras y desesperen”:⁴ he ahí una imagen en la que el poder, su titanismo, retrata no sólo a los dictadores, los autócratas, sino incluso a los sectarios, uno de los acercamientos más fructíferos de López-Pedraza y sus indagaciones. Quizás las sectas decimonónicas no hayan sido tan deletéreas en la historia francesa y europea como las modernas, que han provocado el ensayo del profesor Rafael López-Pedraza *La psicología del sectarismo en tiempos de ansiedad*, añadido a la segunda edición de su obra *Ansiedad cultural* (Caracas: Editorial Festina Lente, 2000). No está demás advertir que soy un lego en asuntos de sicología junguiana, me considero, más bien, un oyente, alguien que ha encontrado en la lectura de los ensayos del profesor López-Pedraza un poético acompañante necesario.

López-Pedraza parte de una obra de Eurípides, *Hipólito*, para formar el retrato arquetipal del sectario, una “personalidad virginal y puritana”, fanática, obediente “al fundador y a las reglas de la secta”. Anota el autor que la psicología moderna, Freud y sus alumnos, nace como una secta y que incluso “la psicología junguiana no ha estudiado el sectarismo seriamente y no sabemos hasta dónde se ha hecho sombra, desde dónde hace su aparecer para distorsionar la visión de la psique como entidad individual única”. Habla de algunos casos que, de no ser reales, hubiéramos creído producto de la imaginación de un Hawthorne o un Melville. Advierte sobre

³ El poeta Donald Davie nos ofrece esta pieza sobre el ‘poder académico, variante del ‘poder intelectual’: “Por consiguiente lo que la Universidad de Essex sobre todo me ofrecía era la promesa del poder – poder, como todos decimos, para ‘hacer que las cosas se hagan’. El poder ejercido por los escritores y los profesores es sólo por vía de la ‘influencia’ y como tal es impalpable. Lo que yo deseaba cuando acepté la invitación de Albert Sloman para ingresar a Essex, era un poder más palpable: emplear y botar, rehacer y diseñar un nuevo currículum; de decirle a este ‘Ven, y él viene’, a otro ‘Vete, y él se va’. Estuve tentado, por primera y última vez en mi vida, a asumir un poder y una responsabilidad administrativa. Es decir, un poder político”. Donald Davie, in: *Contemporary Authors Biographics Series*, Vol. III, p. 41.

⁴ He parafraseado el poema de Percy Bisshe Shelley *Ozymandias*, versión inglesa de Nabucodonosor.

la confusión que puede resultar de la psicología del 'puer aeternus' y la del sectario. La mediocridad, como un componente del ambiente sectario, puede dar lugar a la manifestación de maldad (un retrato de esta maldad nos la presenta el escritor V. S. Naipaul en su ensayo *Michael X and the Black Power. Killings in Trinidad*, incluido en el volumen *The Return of Eva Peron*). La crónica periodística nos allega nuevos ejemplos. El autor se pregunta: "¿Por qué estoy interesado en estudiar el sectarismo? ¿Es posible que mi psique esté intentando conectarse con algo que está en oposición a mi naturaleza arquetipal?".

Los cuatro ensayos que componían el libro en su primera edición no sólo investigaban temas que el estrecho ámbito cultural venezolano eludía, también tocaban fibras que estaban a flor de piel para quien supiera leer con una visión no municipal y espesa. Es de este modo como entiendo y vivo lo que el autor desarrolla en el estudio titulado *Conciencia de fracaso*: este es, más que un tema, una reflexión que se nos impone desde el ámbito de lo social y abarca hasta las que serían nimias consideraciones personales. Llama la atención esta observación de López-Pedraza, referida a su experiencia en el Instituto Jung de Zürich: "los que resultan ser los peores psicoterapeutas y los más aburridos en sus concepciones y escritos y que poco han contribuido a los estudios con sus aportaciones personales, son precisamente aquellos estudiantes cuya inscripción en el Instituto se basó en la selección de *curricula vitae summa cum laude*, es decir, que entraron a estudiar sicología desde el ángulo brillante y triunfalista sin que en el curso de sus estudios y sicoterapia enmendaran esa unilateralidad...". Polarizar el triunfo, el 19 en línea, entraña dejar en la oscuridad una parte importante de nuestra naturaleza, deslizarse hacia una "carencia de realidad terrena" y es entonces cuando la personalidad viene a ser tomada por tres elementos, cuyo rasgo síquico dominante es la aceleración, una velocidad que adormece la reflexión e impide reconocer el fracaso: el Puer Aeternus (eterno adolescente), la histeria ("componente arquetipal y, por tanto, nos pertenece a todos, hombres y mujeres"), la sicopatía (López-Pedraza cita *El extranjero* de Albert Camus y *La naranja mecánica* de Anthony Burgess como contribuciones literarias que muestran un mundo "donde el sicópata reina a sus anchas") y sus mimetismos. "Es en la imagen y desde la imagen que encontramos el reposo de los opuestos triunfo-fracaso": algo que nos enseñan los creadores que hacen cuenta de su mismidad, del "ajuste de uno mismo y ceñido a los contornos que le pertenecen".

III

*Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y
lo apasionado sobre todo.*

Rubén Darío, *Dilucidaciones, El canto errante*

López-Pedraza en *Reflexiones sobre el duende (A propósito de Teoría y Juego del Duende de Federico García Lorca)* nos presenta un caso en el que las anécdotas se ‘comen’ a las categorías, como diría José Bergamín: desde las ‘mil conferencias’ aburridoras de que huyó Lorca (síntomas de una carencia de ‘sustancia transformante de lo síquico’ en los estudios, pues cada día sus rigideces metodológicas privilegian las puerilidades de los 19 en línea, ‘una creatividad concebida a través del sudar titánico’), el autor describe el aparecer del duende en una suerte del toreo, en el cante jondo, donde el temple, esa ‘lentitud tremendamente animada’, hace que en el vivir se manifieste lo dionisiaco de modo explosivo, expansivo, abierto, caso extremo, o, acaso, como dicen los andaluces, ‘por los bajines’.

López-Pedraza concluye este ensayo haciéndonos partícipes de sus reflexiones sobre la ‘ecuación muerte-Duende’: un artículo de Carlos Villalba en *El Nacional* con motivo de la muerte de Heidegger en donde éste afirma que “dos astas de toro hablan más sobre la muerte que toda la obra del filósofo”, el poema de Lorca *Llanto por Ignacio Sánchez Mejía*, la obra de José Antonio Rial *La muerte de García Lorca o Prometeo* de Esquilo, son el ‘mordente’ de un contrapunto en el que la muerte de un poeta (que no era ‘revolucionario’ de la época) se le antoja “una reactualización histórica de un mitologema de siempre: la persecución y muerte de Dionisos por los titanes, más el fusilamiento de un gran poeta”. De lo que se trata, en palabras del autor, es si en el morir “hay un toque, unas pocas gotas de esencias dionisiacas, que hagan aparecer alegría en su morir”.

En *Anselm Kiefer. La psicología de ‘Después de la catástrofe’* (Caracas: Festina Lente. 1998) López-Pedraza estudia el desastre cultural que significó el nazismo y sus hondas raíces inconscientes en el tenor de lo que podemos llamar una psicología de ‘después del desastre’. La presencia de la maldad en la historia y en la psique se junta a la violencia y a la intolerancia, a la bobería, enfermando el alma y algo de ello percibió el

poeta inglés W. B. Yeats (quien se dejó imbecilizar por el fascismo, junto a Eliot, Pound y Lawrence) cuando afirmó: “los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores / están llenos de apasionada intensidad”. En esta obra López centra el objeto de su estudio refiriéndose a las preocupaciones históricas de Jung, expresadas en los *Ensayos en torno a hechos contemporáneos*, “primera vez que un siquiatra de renombre analiza una catástrofe histórica, desde su perspectiva siquiátrica”. Acotamos de pasada que en tales ensayos (*Wotan, Después de la catástrofe y Lucha con la sombra*) Jung señala la peculiaridad biológica del mito de Wotan (“dios de la tormenta y del paroxismo, el desencadenador de las pasiones y del deseo de lucha”) y su efecto en la vida colectiva alemana, apunta que la culpabilidad colectiva “connota la presencia irracional de un sentimiento subjetivo (o la convicción) de culpabilidad” y afirma que “cuando, por alguna parte, la maldad irrumpe en el orden natural de las cosas, todo nuestro círculo de protección psíquica queda roto”. Siento que entre nosotros haría falta reflexionar mucho sobre la sombra (ver nuestra mediocridad, idiotez y maldad: desnudando así al acusado), la culpa y la maldad, partiendo de nuestra historia, de la conciencia que se nos ha hecho de ella. Quizás veríamos en una luz diferente nuestra olímpica historia heroica y los trapos con que se viste.

Rondan el ambiente de la poesía hoy (y concluyo con esta referencia a la poesía, fondo de las indagaciones de López-Pedraza) dos posturas o actitudes del poeta que no siendo antagónicas ni complementarias han coexistido desde siempre con el oficio: el poeta que no se acomoda al poder (Iosip Brodski habló del arquetipo del poeta contra el imperio refiriéndose a Osip Mandelstam) y el poeta levítico (el término lo tomo prestado de Francisco Umbral), que se deja absorber por el pragmatismo político y se hace converso. Se me hace patente, al escribir estas líneas, el recuerdo del poeta latino Ovidio recreado por el rumano Vintila Horia en *Dios ha nacido en el exilio*, novela de la Guerra Fría y retrato del poeta víctima de un emperador hipócrita.

Octavio Paz en un epílogo (en el que salta su punta de acrimonia) a la antología *Laurel* decía que “Vallejo, Neruda y Alberti creyeron que la poesía, al exaltar una causa que encarnaba el movimiento ascendente de los pueblos, se insertaba en la historia y se fundía a ella. Hoy sabemos que

el 'movimiento ascendente de los pueblos' termina en la instauración de la dictadura burocrática y en el campo de concentración". Paz tenía razón, pero a veces las apuestas que hacemos en política están no sólo gobernadas por el azar pues a menudo intervienen los terribles ángeles de la confianza y la ingenuidad. Sólo somos ignorantes y cínicos cuando el cálculo idiota derrota a la poesía, que es como llevarse "un toro de mentira, / tarde abajo, las mulas de la muerte".

López-Pedraza, a semejanza de los deipnosofistas, no indica cuánto hemos de beber ni el orden. Antes bien, con un guiño de ojo, nos sugiere que el licor debe trasegarse lento para que preciso llegue al lugar del corazón y nos produzca una ebriedad lujosa, rimbaudiana. Es así como he bebido yo en sus palabras. "El pasado es más interesante que el presente. Pero el pasado está perdido, no lo podemos recuperar enteramente, ni siquiera con la memoria. Nos remitimos a él sólo para esperar que la muerte sea consoladora". No recuerdo en verdad quién escribió estas palabras, no creo haber sido su autor. Me agradecería que así fuera. Pero deseo que sirvan de colofón a esta invitación a la lectura de una obra inquietante, sugeridora de imágenes y a la vez inquisidora en reinos del espíritu que los turbulentos tiempos que vivimos, tiempos de 'optimismo revolucionario', parecen soslayar. Gracias damos a López-Pedraza por habernos hecho patentes la inutilidad de esas 'cien mil conferencias' en que parece haberse perdido el alma humana.



On/Off - Premiados - Voyeur

Lia Master



On / Off

Y qué más iba a hacer el jovencito éste, un niño grande apenas un mancebo?

El viejo habla y habla sin parar, no le abre ni la más mínima posibilidad a una respuesta que tal vez ni exista, no escucha, no sabe no puede no quiere y no le da la gana. Y es que ese que habla, habla de la tristeza de la realidad real abandonada, marginada y sola, hecha a un lado por culpa de la tal virtual esa, la recién llegada, la recién aparecida, qué se cree, quién se cree, si ni siquiera es real, sólo espejismo y mentira, mera apariencia, el vacío, la nada.

El viejo no para, sigue, sigue y el jovencito a cada sílaba más confundido y enredado por culpa de tanto ruido ruido ruido cierra los ojos duro durísimo y muy despacio, con total naturalidad, se conecta a la otra bulla, la que él mismo ha escogido y que sale en erupción y a cántaros por los poros de las esponjitas grises que cubren los audífonos de un algo que le ayuda a cortarle el paso al fastidioso tedio de la realidad real impuesta, mientras se hunde irredento en la desconexión de la virtualidad elegida.



"Y qué más iba a hacer el jovencito éste, un niño grande apenas un mancebo?"
[Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento]
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.
Causa de la vida, la muerte, el amor y el sufrimiento.

Al otro lado de esa inexpugnable barrera de sonido el viejo habla y habla, se queja, critica, se lamenta y se enorgullece de estar pasando todo lo que sabe a la nueva generación.

Tel Aviv, agosto 23, 2011

Premiados

El insigne escritor cuyo talento ya había sido reconocido por los jurados de todos los galardones otorgados en su propia lengua y en todas las demás, muy tranquilo sacó a caminar por el paseo que bordea el mar las primeras vacaciones que con enorme dificultad logró acomodar en su ajustada agenda llenita de charlas y conferencias, de congresos y simposios, de talleres y lecturas, y también, claro, de la rutina diaria de lecturas y escrituras, de ver y hacer cosas de esas que le hacen cosquillas al espíritu para que no se duerma, para que no se enfofe. Descuidado y feliz de poder posar las pupilas en cualquier parte, en cualquier cosa, sin obligaciones como en un recreo de la escuela, sus ojos de lobo viejo descubrieron en el fondo de un almacencito de baratijas, regalos y suvenires la mirada fija, profunda y troquelante que baila inquieta e imparable en los ojos avispados de una joven escritora en ciernes.

El susto de saberse leído y descifrado exactamente del mismo modo que él usaba para leer y descifrar a los demás le borró la sonrisa y el desparpajo de labios y ojos. De inmediato dejó él de hacer lo que estaba haciendo y se alejó de ahí a la carrera con un rubor rojo rojo en los cachetes y la esperanza absurda de que ella no lo conociera.

Eilat, agosto 18, 2011

Voyeur

Pues sí, ésta tampoco se dio cuenta. Estaba yo mirando fijamente a la mujer rubia y tan blanca sentada en la mesa del frente. No pudo haberme visto porque ella estaba observando con fijeza sin un mínimo asomo de

vergüenza y sin sombra de pudor el color de chocolate en la piel lisa y tersa de esos largos brazos desnudos, el fondo de esos ojos grandes de gacela asustada debajito del pelo de crespo cerrado, chuto y tan negro del joven africano que se había atrevido a cruzar el gran desierto del sur y lo había logrado como si fuera Lawrence de Arabia pero oscuro y que ahora trabaja en un McDonald's de los de aquí, sentadito en silencio y reposo en una esquina baldía y discreta del local, mirándolo todo, fijándose en todos, sin entender ni papa porque de esta lengua milenaria de leyes y leyendas, de reyes y profetas, de héroes y villanos, de amores y de muerte, del origen y el final, de Dios y también del Diablo, pues nada de nada.

Él sólo tenía que recoger del piso cualquier papel que se cayera o de alguna mesa la bandeja con los restos de comida olvidados ahí por algún comensal desacomodado o empujar la silla que los clientes mimados de la generación del eso que importa y del eso no es problema mío no acataban siquiera a regresar al sitio en el que la habían encontrado. Y por hacer ese trabajo le pagaban. Mes tras mes recibía sin falta la plata que le permitía más o menos vivir por primera vez en su vida y mandarles alguna cosita a los que se habían quedado allá sólo sobreviviendo para tratar de ayudar a construir un remedo burdo de futuro y de sueños. Infinitas veces más de lo que a él le había tocado, de lo que él había tenido nunca o soñado siempre, y entonces se alegraba hasta el infinito por eso pero siempre adentro del silencio mudo de su alma.

La mujer rubia tan blanca lo miraba y lo miraba sentado inmóvil en su esquina casi todo el tiempo pero también cuando se levantaba despacio y discreto como le habían pedido a recoger alguna cosa que rompía la monótona asepsia del local y él solito y callado restablecía el orden y volvía a su esquina. Y ella miraba y miraba y pensaba y pensaba en el desperdicio de esa vida joven, en la eternidad que de seguro se repite todos los días en las nueve horas del turno, en ese trabajo que no lleva a ninguna parte, en el destino cruel de los hombres, en la vanidad de los sueños y la futilidad de la grosera esperanza y los bonitos ojos verdes se le llenaron de un montón de lágrimas pero sólo se le voló una redondita y transparente que rodó rápido mejilla para abajo hasta que la pararon los poros dilatados del papel de la servilleta blanca, tan blanca también ella.

Los ojos de gacela asustada del muchacho del pelo chuto y negro se fijaron en esa servilleta que cayó en un descuido haciendo espirales por el aire desde los largos dedos de esas manos de uñas pulidas y bien cuidadas, después de haber secado una lágrima transparente y redonda que se deslizó rápida por la mejilla de esa señora joven que parece tener de todo en esta vida y mientras se agachaba despacio y discreto como le habían pedido a recogerla se preguntó por qué lloraría alguien como esa que se ve linda y joven, rubia y blanca, sana, elegante y bien vestida, tan llenita de cosas de oro por todas partes, tan llenita de todo, de todito todo.

No. Yo estoy segura. Ninguno de esos dos pudo haber visto lo que yo sí vi.

Tel Aviv, agosto 11, 2011



Barcos - Regalos - Pasión - Goles

Eduardo Bechara-Navratilova

T Barcos de papel

Tu papá odiaba verte sufrir, que te levantas en la mitad de la noche con el dolor atorado en la garganta. Tus gritos desgarradores lo hicieron abandonar Bogotá y mudarse a Brooklyn.

Él fue el primero en viajar. Abrió una oficina de importaciones en Manhattan, consiguió una casa en el barrio libanés, el colegio de sus hijos y el hospital indicado. Iba en busca de un nuevo tratamiento contra la poliomielitis, se lo habían aplicado a Franklin D. Roosevelt.



Olga, tu mamá, viajó después con Omar, Nemesio y contigo, en ese barco que zarpó de Cartagena y llegó a Nueva York. Todo era novedoso y grande: la estatua de la libertad, el puerto, las autopistas, los carros, los puentes, los rasca-cielos, las locomotoras, las comidas... El viaje en barco te abrió esa sensación de aventura, de viaje.

En el *Lutheran Medical Center*, estuviste confinado a la cama. Víctima de unos yesos incómodos que cubrían tu cuerpo desde el cuello hasta los pies, aguantaste el trata-

* Pizarra y mármol
(Monsieur Yutanski)
Lápiz 86, 280 Co.
Escritorio, MARIELLI
Arquitecto - Pintor
Teléfono 682.9015

miento durante años. Eras un prisionero de tu cuerpo. Tu limitación de movimiento te llevó a imaginar el mundo, a escucharlo de boca de tu padre, las institutrices y tus hermanos, que iban a hacerte visita con tu madre. Te llevaron: *De la tierra a la luna*, *El capitán de quince años*, *Vuelta al mundo en ochenta días*, *Viaje al centro de la tierra*, *Robinson Crusoe*, *Lord Jim*, *La isla de los piratas* y otros libros con los que rompías tus cadenas y navegabas por el mundo mientras que los otros niños no salían de sus barrios.

Desde tu cuarto frente a *The Narrows*, escuchabas las sirenas de los barcos, los veías pasar llenos de pasajeros, carga o cañones de guerra. Te producía fascinación imaginar a los marineros como personajes de Verne, Conrad, Defoe y Melville.

Un regalo maravilloso

Tu papá llegó al hospital con una caja envuelta en un papel de regalo. Exhibía pequeños dibujitos de aviones DC-3. Un moño rojo, perfectamente anudado y una tarjeta, aceleraron tu respiración.

Lo abriste con avidez rasgando el papel. Creíste saber qué era. Lo habías soñado muchas veces. Un dibujo y el olor del cartón te lo confirmaron. Quitaste la tapa y miraste con fascinación: una locomotora de vapor brillaba dentro de la caja. La sacaste para quedar maravillado por su tamaño y la perfección de sus detalles.

Nemesio y Omar armaron los rieles al lado de la cama, encarrilaron el tren, conectaron el transformador y te lo pasaron. Accionaste la perilla de forma lenta y gradual. La locomotora movió sus bielas y se puso en marcha. Ver el tren en movimiento hizo que olvidaras tu encierro, te prometió viajes futuros.

Terminada la hora de visitas, tu familia se fue. Era una fría tarde de otoño. Los árboles habían perdido sus hojas y el viento aullaba contra las ventanas. Otras veces habías detestado los domingos, querías estar afuera comiendo una hamburguesa y llevando un cono de helado a tu boca. El movimiento del tren te motivaba, te hacía luchar por la vida que vendría después del tratamiento.

Todos los días, a las seis y treinta de la mañana, escuchabas el pito de una locomotora. Te llegaba como un bufido del otro lado del *Upper Bay*, y

se te abrían los ojos. Los dirigías al piso y ahí estaba tu tren. Una vez sonó en medio de tu clase de geografía y Miss Bercovitz te contó la historia del tren en el que los nazis habían embarcado a sus tres hijos hacia Auschwitz. Miss Dalton, en su clase de inglés, te contó cómo sus cuatro hijos habían salido de Memphis en trenes del ejército que reclutaban a jóvenes dispuestos a ir a defender a su país en Europa. Dijo que jamás los había vuelto a ver; a ninguno de ellos. Miss Robinson, en su clase de historia, te contó que el oeste de los Estados Unidos se había desarrollado gracias a los trenes, que Europa estaba conectada por carrileras, y que el tren era un símbolo del modernismo. Cuando lo escuchaste en la clase de ciencias que te daba Miss O'Donnell, ella te explicó el mecanismo de la máquina de vapor y cómo las locomotoras habían evolucionado de forma que funcionaban con diesel, las modernas con ACPM, y en Europa imperaban las locomotoras eléctricas.

Omar y Nemesio jugaban con el tren cuando iban los domingos. Tu papá te alentaba y tu mamá te llevaba perros calientes, hamburguesas y pizzas que comías con voracidad. Cuando saliste del hospital ibas a las estaciones a ver los trenes llegar desde destinos lejanos. Te montabas en la bicicleta y pedaleabas hasta lugares en los que veías a las locomotoras pasar impulsadas, y a los cientos de vagones desordenar el aire a su paso.

Poco después tu padre murió de forma intempestiva y tu mamá se devolvió con ustedes a Colombia. Los años pasaron. Te graduaste de abogado, te ganaste una beca y volviste a Nueva York donde estudiaste una maestría y conociste a mamá. Te la trajiste a Colombia. Tuvieron a Carolina, luego a mí, por último vino Daniel. A los tres nos comprabas trenes eléctricos de juguete: unos modelos HO que traías de algunos viajes al exterior en los que negociabas contratos que desarrollaban las industrias de Colombia. Armábamos los trenes juntos, y al único al que le brillaban los ojos como lo hicieron los tuyos aquel día en que tu padre te llevó el Lionel, era a mí.

Pasión por los insectos

Era una tarde de esas en las que se te pega la ropa al cuerpo y dan ganas de lanzarse a la piscina. El olor de los chinches se propagaba por la terraza llena de flores y árboles frutales. Una fila de hormigas la atravesaba de una punta a otra cargando pedacitos de hojas sobre sus lomos.

Habíamos subido a ver el atardecer, con sus visos azules y naranjas. Un aguilucho de alas en punta se posó en un cable de alta tensión, descansó por un momento y volvió a levantar el vuelo. Neiva era así. La naturaleza coexistía con el hombre.

Tú la viste sobre un árbol de naranjos, con su cuerpo de insecto asesino, el tronco largo, la cabeza en triángulo, los ojos grandes que nos miraban de forma fija y las manos ganchudas en actitud de rezo.

—Este es el insecto más interesante del mundo —me dijiste.

Nos quedamos un buen tiempo analizando su cuerpo, siguiendo cada uno de sus pasos ciertos y su actitud de reina de los insectos.

—Embosca a sus víctimas —dijiste —, tiene un hambre insaciable, y es capaz de matar a presas tres veces más grandes que ella, pájaros, ratones, ranas, lagartijas y tortugas de caparazón blando. Su tonalidad verde la camuflaba entre las hojas: eso le permite acercarse de forma imperceptible a su presa, y ataca como un rayo. En sus brazos tiene hileras de púas afiladas con las que sujeta a sus víctimas.

Vimos sus mandíbulas poderosas con las que —eso fue lo que más llamó mi atención a esa edad de siete años—, la hembra devora al macho durante la cópula.

Hubo noches en las que soñé con ella. Me abrazaba de forma salvaje, nuestros vientres se rozaban, acercaba su boca a la mía y me besaba. Entonces entendía que me estaba devorando.

De vuelta a Bogotá, unos escarabajos extraños empezaron a estrellarse contra el panorámico de nuestro Renault 4. Paramos en Fusa y salimos a atrapar uno para nuestra colección de insectos. Su cuerpo gigante era más largo que mi mano. Un cuerno grueso salía de su cabeza y dibujaba una parábola. Portaba otro más delgado que provenía del vientre.

El resto del camino me entretuve analizando su cuerpo amarillento con manchas negras y patas filamentosas que se adherían a mi piel y me generaban cosquillas. Al llegar lo investigamos en la enciclopedia y me dijiste que su nombre científico era: *Dynastes Hercules*; su nombre vulgar: Escarabajo Hércules. También me dijiste que era un coleóptero escarabeido (uno de los escarabajos rinoceronte), y que usaban sus cuernos como armas en sus

combates por las hembras. Esa noche me vi luchando contra otro escarabajo para ver quién se quedaba con la mantis.

Le hicimos una cajita de icopor, pinchamos al cucarrón con un alfiler y le pegamos un papelito con letras de máquina de escribir que decía: Escarabajo Hércules. Al viernes siguiente me compraste un insectario en el que venía una gran tarántula peluda. Una semana después llegaste con los escorpiones. Luego con las mariposas. Había una de color azul que destellaba.

La colección empezó a crecer, llegaste con libélulas rojas y escarabajos verdes de mandíbulas feroces. El más grande de todos era de unos trece centímetros. Tenía el cuerpo alargado y unas antenas arqueadas. Dijiste que era un: *Titanus giganteus*, que habitaba la Amazonía, y que los adultos lanzaban un silbido de advertencia bajo amenaza. Así, las paredes de mi cuarto se llenaron todas de insectos.

Goles

Te enfermaste de polio. Tu pierna derecha se volvió más delgada que tu propio antebrazo y dejó de crecer. Veías a los otros niños patear el balón, saltar con fuerza, cabecear y meter gol.

Tú no podías correr. Jugabas de arquero, te lanzabas al piso y tapabas las bolas que venían al palo izquierdo. Las que venían al otro palo eran más difíciles. Si caías mal te podías quebrar el hueso; debían salir corriendo al hospital.

Te retiraste de las canchas cuando todos los niños en el mundo tenían un balón para jugar en los recreos.

Cuando nací, volviste a ser el niño que veía a otros correr tras el balón. Esta vez tenías las dos piernas buenas, podías saltar con fuerza, cabecear y meter goles.

Me entrenaste, fortaleciste mis músculos y me hiciste perfeccionar mi técnica. Te brillaban los ojos cuando yo metía un gol. Te miraba y levantaba mi puño cerrado.

Sabías que ese gol también lo metías tú...

Con el olor del hueso -tríptico-

Mario-Hernán López

Al empezar a descender por alguna de las calles empinadas del viejo barrio de Los Agustinos, cualquier transeúnte de estos tiempos puede pensar que ha cambiado de época. Es probable que al detenerse en alguna esquina se quede curioseando en la arquitectura de las casas de dos o tres plantas, y se fije en las construcciones de bahareque en las cuales sobresalen los balcones de madera, adornados con matas y afeados por la ropa vieja, recién lavada, que cuelgan los vecinos en las mañanas. Buena parte de las casas están pintadas con colores vivos, eléctricos, saltones, como si cada familia tuviera el propósito de hacer más vistosa la vivienda, creando un ambiente de barrio al mismo tiempo envejecido y chicanero.

El barrio está lleno de gente apostada en las esquinas; casi siempre son jóvenes vestidos a la manera de los *barriobajeros* con sus camisetas oscuras y desteñidas, pantalones caídos y tatuajes de colores con frases e imágenes que evocan los amores y gustos musicales de estos tiempos.



"DEL CIELO... VEN"
FOT. ACCESU, J. G. G. G. G.
LAPZ 44 y 45 G. G. G. G.
FOT. ACCESU, J. G. G. G.
FOT. ACCESU, J. G. G. G.
FOT. ACCESU, J. G. G. G.

Cualquiera que pase por estas calles puede advertir que el barrio es un lugar cargado de historia: sin ser un sitio de invasión o de migrantes forzados, está habitado por familias humildes y rebuscadoras, obligadas a sortear de la mejor manera las dificultades cotidianas. Miguel Antonio, con su acostumbrada mala leche, prefiere definirlo como un barrio de obreros, vagos y trabajadores informales en el cual se refugian buena parte de los malandros, atracadores, viciosos y putas de la ciudad. “Y no le falta razón”, dice la mujer.

-¿A dónde vas tan temprano? Le pregunta la anciana menuda, negra, llena de carácter; su compañera desde hace cuarenta años.

-Tengo que ir a cobrar los intereses -responde huraño.

Ella lo vigila desde la ventana de la casa, lo ve descender lentamente, rengo, apoyado en su bastón de caña con el mango forrado en pica-pica. Le sigue la pista hasta que desaparece unas cuadras más abajo entre la algarabía de la gente que a esa hora de los sábados se agolpa en los alrededores de la plaza de mercado.

Dentro de la plaza, Miguel Antonio recorre los pequeños locales en los cuales se ofrecen innumerables productos comestibles, de uso casero o medicinal. La galería –como la llaman los locatarios- es un microcosmos en el que se compran y venden las cosas más ordinarias o insólitas. Él suele dedicar la mañana de los sábados a cobrar los pequeños intereses de las platas que presta a los comerciantes, aunque en esta ocasión tiene otra tarea para hacer. “Casi siempre lo engañan aprovechándose de su mala memoria de viejo analfabeta”, cuenta la mujer.

Al entrar al pabellón de carnes toma hacia la izquierda, sube con lentitud una pequeña rampa que conduce hacia el sitio que por cinco décadas fue su lugar de trabajo: el banco de picar hueso. Miguel Antonio tiene las manos deformes por los golpes, las cicatrices y las callosidades causadas con el hacha de picar, ese fue su oficio desde adolescente.

Sin hacer ningún llamado abre la puerta metálica, en el centro del local está el tronco de madera, en la mitad del tronco, como si fuera un monumento a la fuerza física, a la brutalidad o al abandono, se mantiene clavada el hacha de picar.

2

Carlos Pineda se levantó temprano, sorbió café negro, preparó el equipo para fotografías en blanco y negro, salió a la calle, tomó un taxi y se dirigió a la plaza de mercado. La luminosidad de la mañana le permitiría hacer buenas fotografías. El taxi recorrió la avenida central de oriente a occidente, dobló hacia el norte a la altura del único teatro que aun exhibe películas triple equis. Durante el recorrido, Carlos evocó una frase del sueño de la noche anterior: “¿Por qué le regalaste a esa mujer el primer capítulo de la novela?” Le decía la madre con voz firme. Ella había muerto hacía un par de años y aun seguía censurándolo desde la eternidad.

Entró a la plaza de mercado por la zona de frutas y verduras; el olor del sitio era una de las mejores cosas de la ciudad: los olores de las plantas aromáticas y de las frutas frescas se mezclaban con los vapores del chocolate caliente que ofrecían los pequeños restaurantes caseros. Carlos pidió una taza de chocolate con arepa, carne asada, queso y mantequilla.

¿Por qué le regalaste a esa mujer el primer capítulo de la novela? Seguía sonando en la cabeza. Sabía de cuál mujer se trataba pero no podía descifrar el asunto de la novela, él era fotógrafo y nunca había intentado escribir algo que superara las cuatro líneas de un pie de foto. “El mundo de los sueños con muertos no está hecho para ser descifrado”, se dijo con ánimo poético pero sin mayor convicción.

Terminó el desayuno y se dirigió hacia el pabellón de carnes, dobló a la izquierda y subió por la pequeña rampa que conduce al lugar en el que se pica hueso. Abrió la puerta, en el centro del local había un tronco de madera de casi un metro de alto, grasiento y enrojecido; en la mitad del tronco estaba clavado el útil del picador. Al fondo un hombre viejo lo esperaba, con la ruana plegada en el cuello y el bastón de caña en la mano derecha.

3

Hablamos por primera vez en el salón de exposiciones y conferencias del Banco de la República, en una muestra de fotografías sobre la historia local en la que se exhibían los trabajos de los mejores fotógrafos de la región. Ella tenía puesto un vestido gris, muy largo, con los hombros destapados; el color

del traje no le venía del todo bien con su piel de morena delgada y recién bronceada. La había visto antes en algunas charlas en el mismo Centro Cultural, llegaba sola mirando con aire aparentemente distraído y elegía un lugar para sentarse en la primera línea, frente al conferencista. Siempre me había atraído ese cuerpo de mulata bien dotada y el aire de autosuficiencia auténtica que deja a su paso.

Le pregunté por las fotografías que exhibían en aquella ocasión: “Me gusta la serie del viejo que pica hueso con el hacha”, respondió sin mirarme. Busqué entre las que podía ver a un metro a la redonda, allí estaba la serie: cinco fotografías a blanco y negro (tomadas por Carlos Pineda, decía la reseña), mostraban los gestos de fuerza y destreza de un hombre mayor que partía los huesos de un animal.

-¿Te das cuenta que tiene la ruana puesta? -dijo.

“El viejo de la fotografía trabajaba con la ruana puesta”, observó de nuevo, y señaló el pliegue de la ruana en el cuello; luego, casi tocando la fotografía con su dedo de mulata deliciosa, siguió la ruta del brazo derecho en alto a punto de descargar el hacha sobre un banco de madera.

-Observa la mano izquierda con la que sostiene el hueso para picar: tiene un anillo de casado, usaba el anillo de casado en la mano izquierda para no gastarlo con cada golpe.

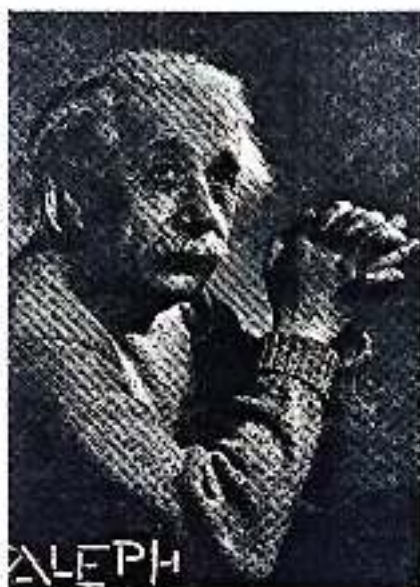
La invité a tomar café a la tienda de Juancho, aceptó sin reparos. A pesar de mi interés por conocer algunos detalles de su vida, por sopesar las posibilidades de conquista y de mis miradas un tanto descaradas sobre sus encantos bien puestos, ella siguió hablando de los detalles de la serie fotográfica buscando construir y reconstruir detalles de la vida del picador de huesos.

-¿Puedes imaginar los olores de ese hombre? ¿Alcanzas a pensar en el horror de cada noche de una mujer con un hombre apestando a tuétano?

La escuché atento durante buena parte de la tarde: desarmaba cada elemento de la composición fotográfica, interpretaba cada gesto, imaginaba decenas de posibilidades de la vida familiar, del lenguaje, de la forma de amar de aquel hombre que usaba la argolla de matrimonio en la mano izquierda para no deformarla con los golpes del oficio.

Esa noche fuimos a bailar salsa clásica hasta que cerraron la discoteca; borrachos y llenos de ganas, nos metimos a un motel para empaparnos en sudor y sexo del bueno. “¿Te imaginas su olor? Es un tema para una novela” me dijo al oído, susurrando, en algún momento de la madrugada.





Notas

Hasta pronto, maestro (En memoria de Fernando Hinesrosa-Forero; *Para: Doña Consuelo, Martha, Roberto y Fernando.* Por: Miguel Méndez-Camacho). Hay personas cuya vida se reduce a un nombre entre dos fechas. Otras, menos grises, dejan una familia, un modesto patrimonio, las huellas de unos pasos. Y hay seres excepcionales que se despiden, pero no se van, y siguen vivos en la memoria de los otros, en los árboles que sembraron, los jardines que hicieron, los libros que escribieron, los edificios que fueron construyendo, casi a mano, ladrillo por ladrillo, con un sudor de obrero. Seres únicos que repartieron sus ideas con generosidad y están regados por el mundo sin haber

perdido el eco de su voz. Miles y miles de mujeres y hombres que trabajan de jueces, financistas, investigadores, reporteros, abogados de pueblo, ministros, magistrados o humildes litigantes de comisaría. Economistas, hoteleros, restauradores, profesores, maestros y doctores. Gerentes, administradores, comerciantes, políticos, contadores, sociólogos. Gente importante o anónima que llevan el sello de su mejor lección: Somos libres e iguales y tenemos que luchar, para defender ese derecho que nadie nos puede arrebatar.

Él educó y formó a varias generaciones de colombianos que con él aprendimos a desconfiar de las versiones oficiales, a dudar de las verdades

reveladas, a crecer en el prójimo y a respetarle su libertad de ser distinto. Estoy hablando, por supuesto, de Fernando Hiestrosa, mi maestro, mi guía y mi hermano mayor, que en los últimos años, la enfermedad lo fue apagando como un pabilo contra el viento, lentamente extinguiéndose, sin quejarse, sin protestar ni maldecir. Estoico y digno, como mueren los árboles, de pie.

Yo estudié en una pequeña casa de dos pisos, de la 16 con 24, donde su padre, don Ricardo, dirigía su prestigiosa "escuelita de derecho", en la ruidosa vecindad de muchachas de la vida alegre, en el celestino Barrio Santafé; y tuve el privilegio de ser discípulo de ambos. Obligaciones de tercero y Sucesiones en quinto año. De manos de Fernando Hiestrosa, que estrenaba la dignidad de ser Rector, recibí mi pomposo diploma de doctor en Derecho y otras arandelas de Ciencias Sociales y Políticas. En esa época yo tuve destellos de niño prodigio, pero me avancé y envejecí siendo solamente niño.

En 1993, le hice el primer reportaje, que Emilssen González de Cancino incluyó en *Liber Amicorum*, el libro de los amigos, un homenaje por sus treinta años de rectorado. Fue una breve entrevista de tres horas y pico que escribí de inmediato, casi de memoria, porque no llevé grabadora y me costó trabajo descifrar los apresurados apuntes que tomé. Lo

titulé *Fernando Hiestrosa: tímido, solitario, memorioso*, en recuerdo de Funes, el de Borges y desde entonces me nombré su reportero de entrecasa. En esa condición hicimos *El último caballero radical*, en edición conmemorativa del cuadragésimo aniversario de su rectoría. Un reportaje más extenso y lento, en las tardes de 6 ó 7 sábados. Habíamos acordado reunirnos para celebrar los 50 años de estar al frente de esta monarquía constitucional, como dijo Eduardo Umaña Luna, pero la muerte no lo dejó cumplir el compromiso.

La última entrevista me la concedió, a regañadientes, este frío diciembre, en cuatro sesiones, y la final, la primera semana de enero, porque los médicos no le permitieron viajar de vacaciones a Miami, en la inevitable compañía de doña Consuelo y de su hija Martha, las muletas que lo sostenían sin que se diera cuenta. "No me dejaron ir", me dijo, levantando los hombros, como regañado. De esa ocasión, guardo la imagen de su mano acariciando el lomo de los nueve tomos de la Colección *Un libro por centavos*, encuadernada en cuero verde-externado que le llevé de Navidad. Él respaldó con entusiasmo esa colección de poesía, sin hacer cuentas ni calcular distancias. Por eso, vamos a llegar al número 80, después de casi nueve años y 700.000 libritos obsequiados, con la colaboración de *El Malpensante*. Esa aventura fue una de las muchas que disfruté viendo crecer.

Tengo su firme voz, que ni titubea ni se desvanece, hablándome 7 horas, del pasado y el futuro de la Universidad, de su alegría por la expectativa de la nueva construcción en el cerro, con dos bloques de 4 y 7 pisos, de 48.000 metros cuadrados, próxima a comenzar; de sus dificultades como Embajador de Virgilio Barco ante el Vaticano. Y del gran honor de recibir en París, en la Sorbona, el doctorado Honoris Causa, siendo el primer latinoamericano señalado para esta distinción. Cuando tenga por escrito esta conversación, que sin quererlo tiene un tono triste de última vez, de despedida, decidiré si lo publico como anexo de *El último caballero radical*, o amerita otro libro. No lo sé.

A Fernando Hinestrosa lo incomodaban los primeros planos, los protagonismos, por eso en los registros periodísticos no está posando, sino movido, saliéndose de la fotografía. Creo entonces que esos funerales tan solemnes, como de jefe de estado, con cámara ardiente, le hubieran parecido excesivos, innecesarios. Asistió el Señor Presidente, ministros, magistrados, directivas del congreso, los gremios y las asociaciones, políticos y dirigentes de todos los partidos; debió agradecerlo con la cortesía de una venia, pero le hubiera parecido suficiente la calle de honor de alumnos y ex-alumnos, profesores, estudiantes, empleados y jardineros, a quienes conocía por nombre y apellido y saluda-

ba con cariño. Para agradecerse, lo esperaron pasar con un globo y una rosa blanca en la mano. Lo despidieron en breves y sentidas palabras sus amigos: Juan Manuel, Emilssen y Dénis Mazeaud, importante académico francés que vino de París a traerle el presente de dos árboles, para sembrar en el jardín que era su paisaje cotidiano. Pero si le hubieran preguntado si quería acortar la ceremonia, de seguro, se hubiera quedado con los recuerdos de María, su nieta mayor, y las flautas del ritual indígena.

Fernando Hinestrosa era agnóstico, en lenguaje de creyentes, simplemente ateo. A sabiendas, se negó el paraíso celestial, pero también, la calurosa escala del purgatorio, camino al infierno. Debe estar girando en la galaxia, hasta encontrar qué hacer, como dictar clases, sembrar un bosque o construir alguna escuela.

Hasta pronto, Maestro.

Una simbólica aérea y acuática (Reseña del poemario "Media hora de lluvia en el jardín", 2012; por: Graciela Maturo). Carlos-Enrique Ruiz ha puesto en circulación su libro *Media hora de lluvia en el jardín*, enriquecido con acuarelas de Pilar González-Gómez. Esta obra reúne casi un centenar de composiciones ligadas por un impulso poético unificante, que viene a sumarse a la valiosa labor del escritor colombiano, conocido por su

entrega a la poesía, la proeza de su revista Aleph, sostenida a lo largo de algo más de nueve lustros, y su estimable tarea universitaria.

Ruiz, que es un ingeniero de caminos -como creo que lo fuera su compatriota Jorge Isaacs- siente la atracción del misterio real y lo traduce por una doble vía: la de una mirada sensible y receptiva, y la de una vigilia interrogante y lúcida. En otros momentos hemos visto imponerse la segunda modalidad, mientras en esta ocasión prevalece la primera.

Leves toques impresionistas, escuchas del sonido del mundo y anotaciones de sus formas plásticas se hilvanan en estos poemas atentos al don de cada día, recorridos por la subyacente interrogación sobre el sentido de la existencia. En ellos se impone una simbólica aérea y acuática, donde impera la fluidez, la permanente

transformación del todo, la continuidad de los reinos.

El poeta hace gala de una serenidad casi oriental, emboza los sentimientos en un discurso ecuánime, de respiración amplia y ritmos irregulares, cuya ligera musicalidad otorga sentido a su decir y a su callar. Nos invita a compartir esta contemplación despierta, esta meditación sobre el tiempo y el espacio que nos constituyen, mostrando nuestra situación entre el naufragio y la espera, entre el errar y la esperanza.

La poesía surge sin desprenderse del todo del silencio grávido que la precede. Hace lugar a la reflexión que da cuenta de "la fe del carbonero" y "los arrebatos de la apostasía". Poesía que se define a sí misma: "Divagación en notas de fermosura descompuesta/ con reto de infinito". Buenos Aires, 9 de marzo de 2012



Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (†), Marta Traba (†), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (†), Luciano Mora-Osejo, José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (†), Mirta Negreira-Lucas (†), Bernardo Ramírez (†), Livia González, Matilde Espinosa (†), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (†), Antonio Gallego-Uribe (†), Santiago Moreno G., Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Rodrigo Ramírez-Cardona (†), Norma Velásquez-Garcés, Valentina Marulanda, Luis-Eduardo Mora O. (†), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz, Humberto Mora O., Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfá Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-Maria Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (†), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (†), María-Leonor Villada S., María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (†), Jorge Consuegra-Afanador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.



'GATOS'
 CIENTÍFICO:
 'PUMELONES PICTUS'
 COMÚN:
 GATO PUMELONERA 25cm.
 ACUARELA
 MICROPUNTA
 LAPIZ COLOR
 LAPIZ 6H
 ANGIUSTO GABRIELLI
 ARQUITECTO/PINTOR
 BOGOTÁ 6 #2 70 18
 JULIO 2011

MARINA

Todas las cosas se ocupan en su misterio
Las mariposas amarillas bebiendo
del filo luminoso de la última ola
El banco de sardinias que espuma el horizonte
Y las gaviotas gritando sobre el rímite de las
marineros

Brazos de reyes gigantes sin hojas ya,
racios de nidos, mundos de cuentos
el mar echa en la playa resuelta
Cariaños aromáticos, anulos robles, coninos
Y todo se confunde en este bano
solemne y opaco
Que nos devuelve lo que creíamos perdido
Mientras calcina lo que sabíamos ganado

J. L. Escobar

Eduardo Escobar

Colaboradores

Ezequiel-Augusto Gabrielli (n. 1953). Arquitecto y pintor argentino, residente en Bogotá. Estudios de artes plásticas en la Escuela de Bellas Artes de La Plata (Argentina). Arquitecto de la Universidad Católica Argentina (La Plata). Ejercicio profesional con instituciones oficiales y privadas en Bogotá (Col.), con importantes aplicaciones en Guainía (Col.), en proyecto de viviendas de interés social. Múltiples exposiciones individuales y colectivas.

Eduardo Escobar (n. 1943). Poeta y ensayista, supérstite de la generación del Nadaísmo, columnista del diario "El Tiempo" (que le valió el Premio Simón Bolívar en el 2000 como la mejor columna de opinión), publica ensayos y artículos en diferentes medios ("Revista Universidad de Antioquia", etc.). Autor de los siguientes libros: "Invención de la uva" (1966), "Monólogo de Noé" (1967), "Segunda persona" (1969), "Del embrión a la embriaguez" (1969), "Cuac" (1970), "Buenos días, noche" (1973), "Confesión mínima –antología–" (1975), "Cantar sin motivo" (1976), "Antología poética" (1978), "Correspondencia violada" (1980), "Escribano del agua" (1986), "Vámonos de fracasos por el aire desnudo –poema bolivariano–" (1987), "Gonzalo Arango. Ensayo biobibliográfico" (1989), "Nadaísmo crónico y demás epidemias" (1993), "Antología de la poesía nadaísta" (1993), "Manifiestos del Nadaísmo" (1993), "Cucarachas en la cabeza" (1993), "Las rosas de Damasco" (2001), "Ensayos e intentos" (2001), "Prosa incompleta" (2003), "Poemas ilustrados" (2007).

Ana Nuño (n. 1957). Escritora venezolana residente en Barcelona. Doctora en filología inglesa por la Universidad de París. Escribe poesía, artículos y ensayos. Algunos de los libros publicados: "Las voces encontradas" (1989), "Sextinario" (2002), "Lezama Lima" (2001). Dirigió la revista *Quimera* (1997-2001).

Omar Vargas. Matemático de la Universidad Nacional de Colombia, con maestría en literatura latinoamericana (Universidad Javeriana) y doctorado

en literatura hispánica (Universidad de Texas en Austin), profesor de lengua española en la U.T.A y en la actualidad se desempeña como profesor visitante del Departamento de Lenguas Modernas y Literaturas de la Universidad de Miami. En su disertación, titulada "Silogísticas del sobresalto: Resonancias científicas en la obra de José Lezama Lima", argumenta que el examen de las relaciones estructurales y orgánicas de la obra de Lezama con los descubrimientos y avances de la ciencia occidental durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, en particular, provee un marco único y efectivo para la comprensión de la exponencial teoría cultural, los complejos conceptos temporales y el discurso híbrido y fractal en Lezama. Parte de este trabajo, bajo el título "Lezama y la entrada de Einstein en La Habana", ya ha sido publicado en el número 51, Primavera-Verano, de la revista electrónica "La Habana elegante". "Posibles imágenes de Lezama", una mesa redonda en la que participa junto con Cesar A. Salgado e Ingrid Robyn, con motivo de la conmemoración del centenario de Lezama, apareció en el número 9 de la publicación electrónica Pterodáctilo, correspondiente al otoño de 2010.

Douglas A. Palma (n. 1945). Escritor venezolano, licenciado en Letras de la Universidad Central (UCV): poeta, traductor, antologista. Premio de cuento del diario "El Nacional" (1976). Algunos de los libros publicados: "La Virgen y el Dinamo" (muestra de poesía norteamericana, 1994), "El equilibrio de dos elementos" (1998), "El hombre invisible" (poesía negra en lengua inglesa, 1999). Colaborador en suplementos literarios y revistas culturales de su país.

Lia Master. Antropóloga de la Universidad de Antioquia. Escribe reseñas/ ensayos de cine y cuento. Reside y ejerce la docencia en Tel-Aviv.

Eduardo Bechara-Navratilova (n. 1972). De padre de origen libanés y madre checa. Se graduó en Derecho en la Universidad de los Andes (1999), y se especializó en derecho comercial en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (2000). Luego de trabajar durante tres años como abogado realizó un viaje de seis meses por Europa Occidental, Europa del Este, México y Canadá, y volvió a Colombia a publicar la novela "La novia del torero" (2002). Se graduó en Literatura en la Universidad de los Andes

(2005), y publicó su segunda novela “Unos duermen, otros no” (2006). Conferencista y profesor de talleres de literatura. Escribe crónicas de viaje y hace reportajes gráficos para el periódico “El Tiempo” de Colombia. En el 2007 recorrió toda la costa brasilera recaudando fondos para los niños pobres con cáncer. En 2009 obtuvo maestría en escritura creativa en la universidad de Temple (Filadelfia, Pensilvania, Estados Unidos de América). Es escritor independiente. El ser humano y su comportamiento dentro de la urbe contemporánea es su tema de fondo. En el 2012 publicó su libro “Mendigo por un día y otras crónicas”.

Mario-Hernán López B. Administrador de Empresas de la Universidad Nacional de Colombia, con estudios de maestría y doctorado. Profesor en la Universidad de Caldas (Manizales) en áreas de Desarrollo y Políticas Públicas. Ha publicado libros, artículos y ensayos sobre diversas cuestiones sociales, así como relatos breves en “Palabras en la puerta”.

Miguel Méndez-Camacho (1942). Doctor en Derecho de la Universidad Externado de Colombia. Periodista profesional, profesor y escritor. Decano de la facultad de Comunicación Social y Periodismo, y director del departamento de Extensión Cultural, en la Universidad Externado de Colombia (Bogotá). Ha publicado cuatro libros de poemas incluidos en la antología “Desencantos y cantos” (2003), dos libros de crónicas, artículos y reportajes, reunidos en “La alegría de escribir” (2003), libro de reportaje a Carlos Restrepo-Piedrahíta (2003), la novela “Malena” (2003) y el también libro de reportaje: “Fernando Hinestrosa, el último caballero radical” (2003, 2010). Dirige la singular colección de poesía: “Un libro por centavos”, que supera los ochenta números, de circulación con la revista “El Malpensante”, con los auspicios de la Universidad Externado de Colombia.

Graciela Maturo. Poeta, ensayista y profesora argentina, de extensa y calificada obra, con presencia en esta Revista por años. Sus libros más recientes: “Marechal: el camino de la belleza” (1999), “La razón ardiente” (2004), “Bosque de alondras – Antología poética 1958-2008” (2009), “América: recomienzo de la Historia” (2010), “El humanismo en la Argentina indiana – Y otros ensayos sobre la América Colonial” (2011).



"POSICIONES"

CIENTÍFICO:
'CORYDORAS METAE'
CUENCA DEL RÍO META
COLOMBIA/VENEZUELA
- 4 cm -

ACRILICO
ACUARELA
PASTEL GRASO
LAPIZ HB
MICROPUNTA
TIZA
FIZADOR
PAPEL SIN ACIDO 340 gm

AUGUSTO GABRIELLI
ARQUITECTO / PINTOR
BOGOTÁ 6 825018
JULIO 2011

Buscador /poema en manuscrito autógrafo/ <i>/Eduardo Escobar/</i>	1
Un filósofo con los pies en la tierra. Acercamiento a Juan Nuño <i>/Ana Nuño/</i>	2
La muerte de Lezama <i>/Omar Vargas/</i>	18
Los caminos recrudescen la espera <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	28
Las grandes circunstancias <i>/Douglas A. Palma/</i>	34
On/Off; Premiados; Voyeur <i>/Lia Master/</i>	42
Barcos de papel; Un regalo maravilloso; Pasión por los insectos; Goles <i>/Eduardo Bechara-Navratilova/</i>	46
Con el olor del hueso -tríptico- <i>/Mario-Hernán López/</i>	51
NOTAS	
<i>/Hasta pronto, maestro (En memoria de Fernando Hincastro-Forero; por: Miguel Méndez-Camacho)/Una simbólica aérea y acuática (reseña de poemario "Media hora de lluvia en el jardín"; por: Graciela Maturo)/ Patronato histórico de la Revista/</i>	56
Marina /poema en manuscrito autógrafo/ <i>/Eduardo Escobar/</i>	61
Colaboradores	62